

CONQUISTA ESPACIO

FUTURO

EXTRANJERO ESPACIAL

Ralph Barby

CIENCIA FICCION

CONQUISTA ESPACIO

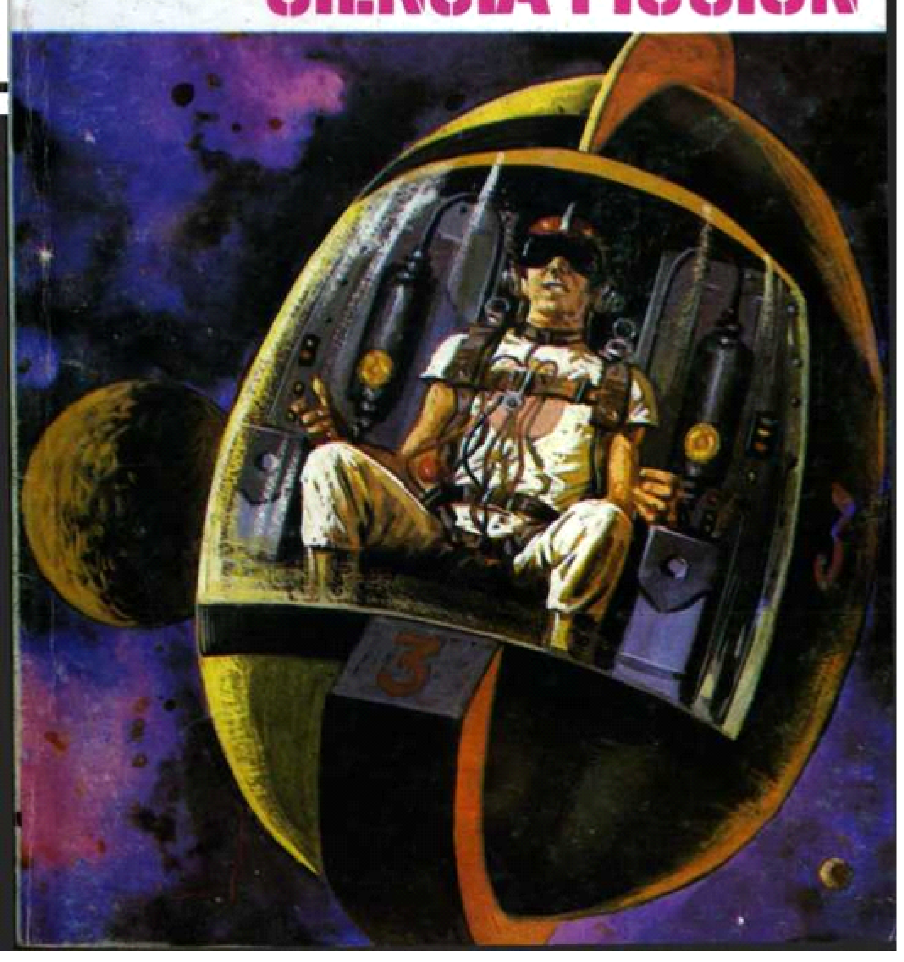
BRUGUERA

FUTURO

EXTRANJERO ESPACIAL

Ralph Barby

CIENCIA FICCION





BOLSILIBROS

ENCONTRARA OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR EN LAS COLECCIONES DE

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

QUE SE DETALLAN A CONTINUACION:

Servicio Secreto - Punto Rojo - Bisonte Serie Roja - Selección Terror - La Conquista del Espacio

RALPH BARBY

EXTRANJERO ESPACIAL

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 726 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84 02 02525 0 Depósito legal: B. 33.383 1984

Impreso en España Printed in Spain

1ª edición en España: noviembre, 1984

1ª edición en América: mayo, 1985

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallis (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1984

CAPITULO PRIMERO

El gran taladro de durísimo metal perforaba día y noche en la que hasta entonces había sido impenetrable capa de hielo con una alta concentración de cloruro potásico.

El ingeniero Markio vigilaba atentamente la operación. Había recibido órdenes de la superioridad de perforar en aquel maldito y desértico lugar del planeta donde las noches parecían alargarse hasta las mil horas y los días eran gélidos. La respiración se solidificaba apenas escapaba por la boca.

Los focos iluminaban el lugar de excavación.

Los hombres a sus órdenes tenían que perforar toda la capa de hielo que superaba las cien medidas y extraer muestras del mineral que se encontrara. Después, le darían nuevas órdenes, que podían ser las de seguir perforando o bien abandonar aquel lugar como no interesante ni rentable.

El ingeniero Markio estaba preocupado porque Tandro, su capataz y hombre de confianza, había detectado algo desconocido de lo cual no había informado a la superioridad como era su obligación.

Se abrió la puerta del refugio-estudio desde el cual dirigía los trabajos de exploración y apareció su hombre de confianza. Le miró a los ojos, unos ojos oscuros y grandes.

—¿Qué hay, Tandro?

—Estamos a sesenta y una medidas y media.

—¿Falta mucho?

Aquellos dos hombres se entendían perfectamente con la mirada.

—Media medida y habremos llegado a lo que nos interesa.

—¿Qué opinas que puede ser?

—Tiene tres medidas de largo por una y media de ancho. Lo que sea, tiene un elevado tanto por ciento de metal. En mi opinión, no es nada conocido.

—Podría ser un meteoro —opinó el ingeniero Markio.

—Es posible, pero a la profundidad que está y según los estudios que llevamos realizados sobre estas capas de hielo, habrá permanecido dos millones de ciclos solares donde está.

—Dos millones de años es mucho. ¿Qué podrá ser?

—¿Va a comunicar el hallazgo a la superioridad?

—Todavía no. Escoge a cuatro hombres de confianza para el próximo turno. Lo que sea, lo sacaremos en secreto y no diremos'nada hasta que sepamos de qué se trata.

—Comprendido, ingeniero Markio, estoy con usted. Nos puede costar la degradación de empleo y el envío como peones a las minas del desierto, pero alguien ha de rebelarse contra el sistema que nos impide ser libres.

—Quizás eso que nos preocupa sólo sea un pedazo de metal caído del cielo, un pedazo de meteorito sin importancia.

El ingeniero Markio sabía que se exponía a mucho si sus superiores descubrían que no había informado inmediatamente del extraño hallazgo.

Tandro estaba con él y los hombres que iba a escoger para el siguiente turno de trabajo en la perforación del hielo, también eran de confianza, hombres que en apariencia se sometían al régimen opresivo que dominaba el planeta.

Todos esperaban que, algún día, los rebeldes se aglutinaran para enfrentarse al poder establecido cuya cabeza era la reina.

Había escaramuzas de guerrillas, partidas de rebeldes que se refugiaban en montañas, valles y gargantas, pero las fuerzas alien los perseguían hasta encontrarlos y los esclavizaban encadenándolos, o los exterminaban para que sirvieran de ejemplo.

Estas matanzas eran pasadas por todas las pantallas de televisión para que a nadie se le ocurriera seguir su ejemplo. Por supuesto, a los rebeldes, a los guerrilleros, se les acusaba de ser enemigos de la reina y destructores integrales, violadores de mujeres y asesinos de niños indefensos, aunque la realidad fuera totalmente distinta. Pero, nadie se atrevía a pasarla por los medios de comunicación de masas aunque los seres inteligentes que habitaban el planeta sabían que las

informaciones que se les proporcionaban estaban manipuladas y tergiversadas.

Aquella larga noche en la que las dos lunas, la mayor y la menor, aparecían casi redondas y proporcionaban tanta luz en aquel paisaje helado que se podía leer sin necesidad de lámpara alguna, llegó el momento de buscar el extraño objeto.

Portando herramientas de mano, descendieron en los cestos hasta el fondo del agujero.

Todo era hielo salobre en derredor, hielo durísimo que había permanecido en el casquete polar durante millones de años después del gran crack planetario, de cuyas motivaciones los investigadores apenas sabían nada.

Ignoraban por qué causa se había desgajado el planeta haciendo brotar mares de magma y evaporando el agua de los océanos, lo que había ocasionado que el planeta quedara envuelto en vapor de agua durante muchos años hasta que llegó la era del enfriamiento, las grandes lluvias y la aparición de los hielos.

—Aquí está —indicó Sandro, enfocándolo con la poderosa luz.

El hielo transparentaba y podía verse la silueta del objeto desconocido que había quedado atrapado entre los hielos durante millones de años.

—No perdamos tiempo. Hay que sacarlo de aquí en este turno y sin que nadie pueda advertirlo.

—¿Dónde lo llevaremos? —preguntó el capataz al ingeniero.

—A mi estudio. Si no es nada interesante, daré parte a la superioridad del hallazgo. Supongo que los alien vendrán a analizarlo con sus instrumentos de cualificación.

Con las sierras manuales, alimentadas con electricidad a través de los cables que pendían a todo lo largo del pozo, comenzaron a cortar el hielo con cuidado para no dañar el objeto.

Dejaron una capa de hielo en torno a aquella especie de cilindro para no tocarlo con las herramientas.

Con largas palancas de acero, los hombres que estaban a las órdenes de Tandro comenzaron a moverlo. Sudaban pese al intenso frío. Todos ellos iban protegidos por gruesas prendas de abrigo que evitaban que

sus carnes se congelaran, pues se hallaban entre los treinta y los cuarenta grados bajo cero, tomado como punto cero el instante de la congelación del agua destilada.

—Sujetadlo con los cables e izarlo hacia el exterior —ordenó el ingeniero Markio que llevaba la dirección total de aquellos trabajos.

Los cables de acero segaron la capa de hielo que envolvía el objeto de origen desconocido. Los motores eléctricos funcionaron y el objeto comenzó a ser sacado a la luz, a la luz de las dos lunas precisamente.

Cuando estuvo en el exterior, salieron los hombres, incluido el ingeniero Markio, y mediante un trineo trasladaron el objeto hasta el estudio-refugio del ingeniero.

Al fin, el objeto quedó encerrado entre cuatro paredes y no podría ser detectado desde el cielo.

El ingeniero Markio sabía que los alien tenían centros de observación en órbita planetaria, centros que utilizaban para mantener una férrea vigilancia sobre los habitantes del planeta.

Quitaron la gruesa capa de hielo casi con amor.

Habían quedado a solas el ingeniero Markio y su capataz Tandro, y ambos se miraron a los ojos, como preguntándose si valdría la pena haberse arriesgado tanto.

Con un martillo adecuado, el ingeniero comenzó a golpear aquel objeto y detectó distintas sonoridades. Contenía el aliento de emoción. Tandro tampoco parecía respirar.

—¿Te das cuenta, Tandro?

—No puede ser —replicó el capataz.

—Esto no es un objeto natural, está hecho por seres inteligentes.

—¿Está seguro, ingeniero, está seguro? —insistió Tandro, también emocionado.

—Si fuera un meteorito, sería macizo, y esto está hueco en algunas de sus partes. Es una caja o un cartucho metálico.

—¿Por dónde se abrirá?

El ingeniero miró a su capataz. Tandro era un hombre de estatura

mediana, muy fornido. Sus brazos resultaban algo largos pero poseían una fuerza excepcional. Aún no tenía los treinta ciclos solares, era joven e inteligente, y cualquier día podía escapar a las montañas para unirse a las guerrillas que luchaban contra el sistema.

El ingeniero Markio lo sabía y trataba de impedírselo, pues por su experiencia y los cincuenta ciclos solares que pesaban sobre sus huesos, había sido testigo de innumerables muertes, muertes de hombres valerosos que sólo habían servido para mantener el sistema de resistencia que duraba siglos y se sucedía a sí mismo, como también se sucedían las reinas y los ministros que la rodeaban, ministros que se hallaban sometidos a las órdenes de los alien.

—Ha de abrirse por alguna parte —opinó el ingeniero Markio.

—Sí, pero ¿por dónde? No se ven junturas ni cierres.

—Quizás sea una pieza soldada.

—¿Y qué contendrá?

—No lo sabremos hasta que podamos abrirla.

—¿Cómo piensa abrirla, ingeniero?

—Utilizaremos sierras.

—¿Sierras? ¿Se refiere a sierras eléctricas?

—Sí, claro, de alta velocidad.

—Y si no podemos abrirla con la sierra, ¿utilizaremos el soplete?

—Eso es peligroso, ignoramos lo que contiene. Un soplete elevaría la temperatura interior de ese cartucho metálico y si dentro hay alguna clase de explosivo o material inestable al calor, explotaría.

—Sí, pero estoy impaciente por abrir esto y ver si ha valido la pena arriesgarse a ser enviado a las minas del desierto con grilletes en los pies.

—Tráete sierras y taladros, pero no diga nada a nadie. Mientras, yo trataré de averiguar cuál es el mejor lugar para iniciar la abertura y buscaré fisuras si es que las hay.

—De acuerdo.

El capataz abandonó el refugio-estudio tapándose la cara. Nada más salir al exterior, el aliento se congelaba en el aire. Podía haber utilizado el camino del túnel metálico que unía unos refugios con otros, pero no quería encontrarse con nadie. No quería responder a preguntas y era mejor arriesgarse al durísimo frío. El viento se había levantado y gélido como era, parecía cortar hasta las ropas de gruesas pieles que vestían.

El ingeniero Markio, con un martillo adecuado, fue dando golpecitos buscando el lugar donde parecía estar más hueco. De este modo, al perforar, causarían menos daño al contenido, fuese el que fuere.

La emoción dominaba a Markio. Estaba seguro de haber encontrado un tesoro, pero todavía ignoraba qué clase de tesoro era el que encerraba aquel cartucho.

¿Serviría para utilizarlo contra los alien? Siempre se había dicho que llegaría un día en que los win encontrarían la llave para abrir los grilletes de la esclavitud, llave que les liberaría de las cadenas conque los cargaban y sometían los alien, los únicos que en el planeta poseían armas efectivas para matar a distancia.

El Capataz Tandro regresó con los útiles para cortar y perforar.

El ingeniero Markio le señaló el lugar adecuado e iniciaron el intento de corte con la sierra circular.

Mas, el disco cortador patinaba y patinaba sin hacer el más leve rasguño sobre el metal del cartucho.

Tandro aplicó toda su fuerza y el peso de su cuerpo para que el disco cortador marcara el metal, pero seguía resbalando.

—Es inútil —bufó, molesto.

—Habrá que buscar un disco de diamantes.

—Tenemos uno.

—¿Lo tienes aquí?

—Sí —dijo, sacándolo de una bolsa y mostrándolo con una sonrisa de triunfo—. Este disco no está controlado por nadie.

—¿Lo hurtaste?

—Sí, ya sabe que los discos de diamantes están contadísimos. Un disco

con diamantes industriales puede cortar cualquier cosa.

—Pues, adelante, inténtalo.

El capataz cambió el disco y probó de nuevo, pero los minúsculos diamantes sujetos por la pasta que daba forma al disco, también resbalaban.

Tandro volvió a bufar; su impaciencia llegaba al límite soportable.

—Es inútil, ingeniero, éste no corta. ¿Qué clase de metal debe ser éste?

—No lo sé, quizás un metal desconocido para nosotros. No olvides que hace dos millones de años que esto quedó atrapado entre los hielos. ¿Quién de nuestra civilización existía hace dos millones de años?

—Nadie, nuestra civilización no tiene más de diez mil años.

—¿Qué son diez mil ciclos solares comparado con dos millones? Nada. Pueden haber habido multitud de civilizaciones entre la fecha en que esto que tenemos entre las manos quedó atrapado entre los hielos y nosotros.

—Se dice que los alien han existido siempre. ¿Cree que esto pudo pertenecer a los alien en otros tiempos?

—Puedo creer que los alien son una civilización muy antigua y evolucionada, pero no puedo creer que tengan dos millones de ciclos solares.

—Los dioses son eternos, ingeniero.

—Aunque algunas figuras de los alien sean adorados como dioses en nuestra civilización, yo no creo que sean dioses.

—Menos mal que quien oye sus palabras soy yo y no otro, ingeniero. Podrían condenarle por lo que ha dicho, es una herejía.

—A veces pienso que sería mejor morir que seguir en esta esclavitud. Además, aquí no hay ningún «chivato» ni ningún policía ni alien.

—No se fíe nunca, ingeniero. Hay tipos que por ganar un puesto mejor en nuestra sociedad son capaces de vender a sus padres o a sus hermanos, claro está que no pocos de esos chivatos han sido encontrados luego colgados por los pies y con una piedra al cuello, la manera más infame de morir.

—Si, ésa es la muerte de los traidores.

—Lo malo es que cuando se encuentra a un traidor de esa manera, se toman represalias.

—La represalia es el arma que siempre ha utilizado el opresor, pero por miedo a ella no hay que someterse totalmente a la esclavitud. Somos seres humanos inteligentes, no bestias de trabajo. Ahora, prueba con el taladro percutor. Conque hiciéramos un pequeño orificio sería suficiente para iniciar la investigación. Esto es un enigma para nosotros, un cartucho totalmente cerrado y en su exterior no se ve marca alguna. Creíamos haber descubierto un pedazo de meteorito metálico con el que poder fabricar armas o municiones de alta densidad para entregarlas a las guerrillas, pero no es así, esto es más complejo y emocionante.

—Veamos con el taladro-percutor —dijo el capataz Tandro.

El cartucho metálico, totalmente limpio de hielo y ya a temperatura de veinte grados, se ofrecía inviolable, impenetrable. Pasó el tiempo, los minutos, las horas. Llamaron a la puerta y se sobresaltaron.

—¿Quién es? —preguntó el ingeniero Markio.

—Somos nosotros, los del turno —dijo uno de los hombres.

El capataz Markio quitó el cerrojo y franqueó la entrada.

Los cuatro hombres que habían ayudado a extraer el cartucho entraron en el estudio y miraron la pieza cobrada.

—¿Qué es? —preguntó uno de ellos.

—Todavía no lo sabemos —confesó el capataz.

—Pero, terminaremos por averiguarlo —aseguró el ingeniero—. Ahora, creo que será mejor que descansemos y que a nadie se le escape una palabra de esto. Nos va la vida a todos.

Las cabezas de los obreros especialistas asintieron, aunque los ojos de uno de ellos brillaron de forma especial.

CAPITULO II

No sintió correr la sangre por sus venas, fue un lento deslizar.

Todo el complejo aparato de alta criogenización funcionaba al mil por mil de fiabilidad, no había fallo alguno.

Las agujas se habían hundido en sus venas y arterias para succionar el líquido de conservación que había reemplazado a la sangre para que ésta, a bajísimas temperaturas, no se congelara y destruyera los conductos venosos y los delicadísimos tejidos. La sangre había sustituido al líquido de conservación.

El cerebro se mantuvo a bajísima temperatura hasta que comenzó a entrar la sangre ya oxigenada para alimentarlo y darle vida. Allí todo estaba calculado, Noi nada tenía que hacer. El mini computador incorporado al cartucho era quien daba las órdenes y todo funcionaba a la perfección.

Mientras sus párpados seguían cerrados, los sueños, mezcla de vivencias y recuerdos, poblaban su mente.

Pudo ver a Aina corriendo sobre la hierba con sus abundantes y dorados cabellos flotando al aire y riéndose a carcajadas.

—¡Aina, Aina! —le gritaba Noi mientras ella seguía corriendo hacia el lago que les ofrecía unas aguas brillantes, reverberando la luz de la estrella-sol que les iluminaba y daba calor.

—¡Cógeme! —le desafió ella, riéndose coqueta.

Noi sabía que ella nadaba muy bien, pero él tenía una brazada más poderosa y le daría alcance aunque perdiera unos segundos desvistiéndose.

Aina llegó al borde del agua.

Con gran facilidad, se quitó la camisa y los ajustados pantalones.

De pronto, se escuchó un gran rugido, un rugido que estremeció a Noi que se hallaba de espaldas desvistiéndose. Cuando se volvió, descubrió al gran reptil que con las fauces abiertas acababa de surgir de entre las aguas, como esperando sorprender a su presa.

—¡Noiiii! —gritó Aina aterrorizada, viéndose demasiado cerca de las fauces de la gran bestia.

El aliento frío pero fétido del reptil gigante le llegó al rostro. Corrió para alejarse, pero una de las grandes zarpas de la bestia la alcanzó de costado, derribándola.

De un salto brusco, sacó del agua casi el cuerpo entero y levantó la otra zarpa para hundir las grandes garras en el cuerpo de su presa que constituía la bellísima Aina que yacía boca abajo, temblando aterrada y atenazada por el intenso dolor de las heridas.

Noi desenfundó su pistola polivalente.

Tras girar el disco graduador con un movimiento del dedo pulgar, disparó contra la cabeza del enorme reptil.

Los dardos suprafotónicos brotaron intermitentes. Los ojos de la bestia se llenaron de fuego y rugiendo, enfurecida por el dolor, se elevó en el aire, conservando apenas dentro del lago parte de la cola y la mitad de las patas posteriores.

—¡Maldita bestia!

Noi siguió disparándole al centro de la boca que permanecía abierta mientras aterradores rugidos brotaban de ella.

El fuego entró en el cuerpo del reptil. Se alzó como si pretendiera volar y después cayó hacia atrás sobre las aguas, salpicando alrededor. En su agonía de muerte, estuvo dando fuertes coletazos.

Noi se despreocupó del animal que moría con la cabeza carbonizada. Corrió hasta Aina, se dejó caer de rodillas junto a ella y entonces vio las gravísimas heridas que le habían infligido las zarpas de la bestia. La sangre manaba en abundancia.

Aina no podía moverse.

Noi le ladeó la cabeza con sumo amor. Ella le miró, trató de esbozar una sonrisa y dijo con lentitud:

—Hubiéramos sido muy felices, Noi. Te amo.

El hombre vio como los ojos femeninos se cerraban para siempre.

—¡No, Aina, no!

La estrechó contra sí, mas el espíritu de la vida había escapado ya del cuerpo de la joven y bellísima mujer.

Sin dejar de estrecharla contra sí, con la sangre de ella empapando su piel, Noi había sentido el dolor de las lágrimas en sus ojos y en su garganta. ¡Qué estúpida era la vida! Había tenido que surgir el gran reptil de las aguas para abortar aquella felicidad y segar la vida de la bella e inteligente Aina.

De pronto, el sueño cambió.

Noi se vio en la carlinga de su cosmonave de combate. El cielo estaba lleno de estrellas, pero también se estaba llenando de explosiones.

Las cosmonaves de guerra se enfrentaban unas a otras y cuando eran alcanzadas de lleno se desintegraban formando grandes masas de gases llenos de luz y calor.

Había visto desaparecer así a varios de sus compañeros, de sus mejores amigos en la flota miliciana.

Un impacto dio en las toberas de motores y los controles comenzaron a enloquecer. Los paneles de indicadores luminosos, ya descontrolados, cegaban los ojos de Noi.

—Atención, atención, sesenta segundos para la desintegración.

La voz del computador de a bordo había calculado el tiempo que le quedaba. Si continuaba en la cosmonave, a los sesenta segundos se desintegraría junto con ésta. Sería una baja más en la cruenta batalla de las estrellas binarias.

Tenía el tiempo justo para escapar o morir, según eligiera.

De pronto, en la pantalla busca objetivos apareció la gran cosmonave enemiga, era la cosmonave insignia que dirigía toda la batalla interestelar. Se hallaba muy lejos de donde Noi estaba, pero la tenía bien localizada.

—Cincuenta segundos —advirtió la voz del ordenador.

—Dispuestos para disparar la súper VN, uno y dos y tres y cuatro...

—Orden recibida —respondió la voz del ordenador.

Se encendieron los pilotos de pulsación en rojo. Jamás antes había disparado toda su carga destructiva de una sola vez.

—Cuarenta segundos —indicó la voz femenina del ordenador, sin estridencias. Era una voz agradable pero carente de emoción. Noi sabía que se hallaba a cuarenta segundos de la muerte.

Hundió los cuatro pilotos rojos de pulsación con su diestra, casi a puñetazos, mientras con la zurda fijaba en el ordenador el rumbo a seguir.

—Suerte. ¡Adiós, amiga!

—Treinta segundos —dijo la voz del ordenador, a la cual ya le quedaba poco tiempo para seguir respondiendo.

Noi saltó los escalones que le separaban del hueco donde había una columna de acero a la que se agarró. Se deslizó por ella.

A la derecha, abierto, estaba el cartucho de supervivencia. En él estaba previsto todo, todo excepto retrasar el tiempo de la desintegración de la cosmonave que los transportaba.

La cosmonave acababa de sufrir unas breves convulsiones; era la partida de los súper misiles VN.

Noi cerró la compuerta del cartucho y pulsó el botón adecuado. Era la primera vez que lo utilizaba para escapar a la desintegración de una cosmonave.

Mientras los misiles VN iban directos contra la cosmonave insignia del ejército enemigo, se cerró la tapa del cartucho de supervivencia.

Automáticamente, Noi fue expulsado al espacio por una compuerta, justo cuando su cosmonave, alcanzada por el fuego enemigo, se convertía en una gran bola luminosa que trataba de engullir al cartucho que escapaba. Se sintió zarandeado.

Noi sintió el fuerte calor de la bola de fuego en que se había convertido su cosmonave. Por un instante pensó que iba a morir abrasado. Luego, la temperatura se redujo. Comenzó a ser zarandeado de nuevo con violencia y sonrió.

—Le he dado, le he dado de lleno —se dijo.

Cerró los ojos, tranquilizado por haber logrado destruir la gigantesca cosmonave insignia del ejército espacial enemigo.

Aquella destrucción inclinaría la balanza a favor del ejército de las

Democracias Confederadas Interestelares frente a los conquistadores imperialistas.

Podía descansar sin saber adonde iría a parar y si así lo decidía el destino, moriría en paz.

Bruscamente, abrió los ojos, los recuerdos habían dejado paso a la realidad. Delante de él, a poca distancia, tenía una pantalla en la que podía leer los datos que le interesaran, proporcionados por el micro-computador y que habían sido captados a través de sensores de alta fiabilidad y disimulados a lo largo del cartucho metálico.

«Temperatura, dieciocho grados Celsius. Presión atmosférica, siete siete cinco...»

Leyó la composición del aire, la gravedad, que era «uno», perfecta para su organismo, pero lo que más le impresionó fue el dato del tiempo.

—Novecientas noventa y nueve mil, novecientas noventa y nueve horas... Son muchas horas —rezongó. Reflexionó y se dijo—: El contador puede haber llegado a tope y no ha marcado más. ¿Cuánto tiempo hará en realidad que estoy en este cartucho de supervivencia?

La respuesta iba a ser muy difícil de obtener.

Una débil claridad comenzó a iluminar sus retinas, debía acomodarse a la luz con mucha lentitud. No sabía con qué se encontraría al abandonar el cartucho de supervivencia.

Al fin, llegó el momento.

El propio sistema automático abrió la tapa del cartucho. Noi volvía a ser el mismo que cuando había tenido que recluirse dentro del cartucho, en las postrimerías de la gran batalla espacial. El tiempo transcurrido dentro del cartucho de supervivencia era como si no hubiera pasado para él.

Por obra y gracia de la criogenización, su cuerpo se mantenía joven y vigoroso.

Iba vestido con su traje de cosmonauta miliciano y sobre su pecho, en el lado izquierdo, destacaban las cuatro cintas rojas sobre el escudo dorado.

Llevaba consigo los útiles de supervivencia, en los que se incluía un

emisor interestelar para pedir ayuda para el rescate si se hallaba en algún planeta perdido. También llevaba un mini propulsor que le permitiría volar y desplazarse dentro de una atmósfera de las consideradas respirables.

En el equipo no faltaba una pistola polivalente, un fusil politrónico, raciones de alimentos deshidratados que le permitirían subsistir algún tiempo y unos pocos aparatos compactos y de tamaño diminuto sujetos a su cinturón.

Sus ojos castaño rojizos miraron en derredor. Vio un lugar que le pareció un refugio destartalado.

Abandonó el cartucho y avanzó hacia una mesa. Se fijó en una gruesa libreta de apuntes y se sorprendió porque entendió perfectamente aquellas anotaciones que le parecieron muy rudimentarias.

—¿Quién eres?

Se volvió.

Sentado en una litera descubrió a un hombre cuyo rostro se veía fatigado por los años. A Noi no le pareció en absoluto peligroso; además, no llevaba armas consigo.

—Noi.

—¿Noi?

El lenguaje era muy semejante, tan semejante que podían entenderse perfectamente, aunque la voz de Noi sonaba algo más grave.

—Mi nombre es Noi.

—El mío, Markio. ¿Me entiendes?

—Sí, perfectamente. ¿Dónde estoy?

Markio se frotó los ojos, aún no podía dar crédito a lo que estaba sucediendo. Era más fácil pensar que se hallaba sumergido en un extraño sueño, provocado por el hallazgo de aquel cartucho metálico que se mostraba inviolable. Sin embargo, aún después de frotarse los ojos, Noi seguía delante de él y el cartucho, que no parecía tener fisuras, estaba abierto, mostrando su contenido.

—¿Tú has salido de ahí dentro?

—Sí, ¿dónde estoy?

—En el Polo Sur, dentro de un barracón de investigación de minerales.

—Yo quiero saber en qué planeta me encuentro.

—¿Planeta?

—Sí, planeta.

El ingeniero Markio se preocupó más. Noi estaba armado, aunque no parecía hostil en absoluto.

—Win.

—¿Win? No lo he oído jamás —confesó Noi—. Tendré que consultar al computador.

—¿Computador?

—¿No sabes lo que es un computador?

—No, y soy ingeniero.

—Ya, debéis tener una civilización poco evolucionada. ¿Viajáis entre las estrellas?

Los ojos del ingeniero brillaron de asombro.

—No, que va.

—¿Hacéis viajes interplanetarios, cuando menos?

—Tampoco.

—¿En qué viajáis, entonces?

—En coches, camiones, trenes y barco. Se inventaron aparatos para volar, para desplazarse de un país a otro en poco tiempo, por el aire. ¿Comprendes?

—Sí, claro. ¿Y qué ha sido de esos ingenios voladores?

—Fueron prohibidos.

—¿Prohibidos? ¿Quién pudo prohibir el avance lógico de una civilización?

—Fue un edicto de la reina Mandiona Sesenta.

—¿Es vuestra reina actual?

—No, fue reina hace cuatro reinados. Murió hace tiempo, pero el edicto sigue en vigor.

Noi se dijo que entre la civilización a la que él pertenecía y la de aquel hombre llamado Markio, había un abismo. Según lo que le contara al ingeniero, un hombre ya muy maduro, camino de la ancianidad, no lo entendería; sin embargo, los ojos de Markio parecieron comprender lo que Noi pensaba en aquellos momentos.

—Me doy cuenta de que eres un ser muy especial llegado de alguna parte lejana en el espacio y en el tiempo. Te asombras porque carecemos de máquinas voladoras por orden real, aunque yo sé que este mandato no procede de la reina que lo dictó sino de los alien que, a distancia, dirigen y someten al pueblo win que habita este planeta que también se llama Win.

Noi confesó:

—Yo conocí a unos seres llamados alienoc.

—No es posible que sean los mismos, deben ser otros.

—¿Y por qué no pueden ser los mismos? —preguntó Noi ya más relajado, avanzando unos pasos hacia Markio. No le hacían falta armas para desembarazarse de aquel hombre si éste intentaba cualquier ataque.

—Te hemos encontrado entre los hielos que se formaron por congelación hace más de dos millones de años. Salvo que cayeras despidiendo una altísima temperatura que fundió ese hielo y al propio tiempo tú penetraras en la capa profunda de esos hielos que con el tiempo se volvieron a cubrir, cabría pensar que hace demasiado tiempo que estabas ahí abajo. Yo no entiendo como un ser vivo puede resistir tanto aunque sea congelado. Científicamente no es posible, pero no soy ningún estúpido y soy consciente de que estoy muy lejos de poder descubrir muchos de los misterios de la ciencia.

—¿Y esos alien?

—Apenas sabemos nada de ellos, siempre están vigilantes, son inmortales.

—¿Y dónde están esos alien que os someten?

—No lo sabemos. Son dioses, están en todas partes.

—Entre las estrellas no hay dioses, sólo hay seres inteligentes evolucionados, unos perversos y otros cordiales y amistosos, aunque, por desgracia, todos han de tener sus propios sistemas defensivos para evitar ser atacados por civilizaciones totalmente guerreras. ¿Tenéis vosotros defensas guerreras?

—¿Nosotros? —El ingeniero Markio sonrió tristemente—. A nosotros no nos ataca nadie. Nuestros dioses los alien nos protegen de todas las invasiones y de cualquiera que, entre nosotros, pretenda atacarnos. Por supuesto, tenemos guardias rurales, guardia ciudadana, de centros oficiales y guardia real.

—¿Ellos tienen armas?

—Sólo porras, lanzas y escudos.

—Me temo que eso es muy poco —opinó Noi.

—Cuando se requieren armas para matar a distancia, el jefe de la guardia real, que se llama Lomon, solicita la intervención de los warman, los cuales sí poseen el poder de matar y de desplazarse por los aires.

—Tengo la impresión de que esos warman no pertenecen a vuestro pueblo.

—Has acertado, extranjero. Los warman son los guerreros que los dioses alien dejaron en nuestro planeta para ayudar a la guardia real y para atacar y aplastar a los rebeldes que se refugian en las montañas para hacer guerra de guerrillas.

—¿Rebeldes a vuestro sistema de gobierno?

—Sí, siempre ha habido rebeldes y siempre los habrá, por más que mueran. Ya al nacer, unos hombres y mujeres son rebeldes y otros, se conforman con todo. Los primeros comienzan a ver con sus propios ojos la esclavitud a que está sometido nuestro pueblo y se rebelan, luchan y mueren, porque hasta ahora no han tenido éxito pese a que la lucha se mantiene durante muchas generaciones. Otros se conforman y no quieren ver lo malo. Dicen que no es esclavitud, sino sumisión a los dioses a quienes hay que ofrendar cuanto exijan porque para eso son dioses.

—Intuyo que hay un tercer tipo de personas en vuestra civilización, los que en apariencia se someten pero que desde sus puestos de trabajo ayudan a los rebeldes o tratan de buscar nuevas formas para luchar contra los alien.

El ingeniero Markio iba a responder cuando se abrió la puerta y apareció el capataz Tandro.

Este, al ver a Noi con su imponente aspecto, con su casaca y sus pantalones ajustados de color gris metálico, prendas que nada tenían que ver con las que podían vestir los seres de Win, -se puso en guardia y miró muy preocupado al ingeniero Markio.

—Adelante, Tandro, y cierra la puerta —ordenó el ingeniero, dándole a entender que Noi era amigo, aunque sus reacciones eran imprevisibles y no se podía olvidar que iba armado, lo cual, en el planeta Win, constituía delito capital.

Si alguien era arrestado por la guardia o por los warman llevando armas encima, era ejecutado de inmediato.

CAPITULO III

Noi había relatado sólo parte de su historia. Los seres de Win, difícilmente podrían comprenderle. Ellos se mostraban prestos a ayudarle, pero no sabían cómo.

Noi no había tenido tiempo de reflexionar sobre su verdadera situación.

¿Podría traspasar las barreras del tiempo y regresar con los suyos o se vería condenado a vivir el futuro en medio de una civilización desconocida y escasamente evolucionada tecnológicamente?

—Si vienes de entre las estrellas, puedes presentarte como un dios, lo mismo que hacen los alien —le dijo Tandro.

—Yo no hago esas payasadas —replicó Noi, molesto.

—Si cuentas que eres un cosmonauta que luchaba entre las estrellas hace más de dos millones de ciclos solares, no te van a creer —le advirtió el ingeniero Markio.

—Da lo mismo que me crean o no. Como no espero que me rescaten en un tiempo corto —pensó que quizás ya nunca le rescatarían de aquel planeta, pero prosiguió—: quiero tener una entrevista con vuestra reina.

Tandro y Markio se miraron una vez más, muy preocupados. El ingeniero, con voz lenta, comenzó a explicarle:

—No es fácil ser recibido por la reina. Vive en su palacio junto al gran lago.

—¿No sale nunca de palacio?

Tandro replicó rápido, molesto también:

—La reina dispone de una docena de palacios repartidos por todo el planeta. Según el tiempo que haga, lo que se le ocurra o las fechas de los ceremoniales de ofrendas a los dioses, se desplaza de un palacio a otro.

—¿En qué palacio se encuentra ahora? —inquirió Noi.

—Ahora está en el palacio del gran lago, junto al templo magno. Cuando las dos lunas se encuentren, se celebrarán las ceremonias más importantes del ciclo solar. La reina, además, es la suma sacerdotisa.

—¿Tenéis dos lunas?

—Sí, la mayor y la menor. Un día al año coinciden en el cielo vistas desde el gran lago y ésa es la noche de las grandes ofrendas a los dioses alien.

—¿Y cuándo ocurre eso?

El ingeniero Markio respondió:

—Dentro de trece días.

—Bien, quiero ver a vuestra reina. Soy un extraño para vosotros, pero vengo con la amistad en el corazón. Desearía mostrarme como vuestro huésped mientras preparo mi marcha para regresar con los míos.

Markio, pesimista, le observó:

—Vas a tener dificultades. Los ministros de la reina son desconfiados y recelosos. Son los protegidos de los dioses alien y también validos de la reina. Siempre temen caer en desgracia y perder su privilegiado puesto. Sería mejor que no te mostrases débil. Si los alien son dioses porque han llegado de más allá de las estrellas y son superiores a nosotros, por comparación tú también serías un dios como ellos.

—El ingeniero Markio tiene razón. Ponte al mismo nivel que los alien o serás despreciado y esclavizado —le recomendó Tandro.

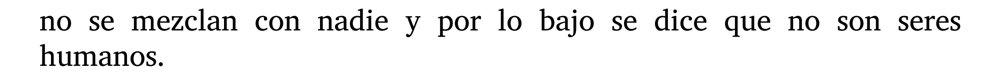
—Tú no conoces a nuestro pueblo y es mejor que no cometas errores que luego serian irremediables. Si fueras uno de nosotros y llevaras armas, serías ejecutado.

—Ya veremos qué hago sobre la marcha. Primero me daréis información respecto a quienes pueden ser los más hostiles.

—El ministro de los guardias, se llama Lomon —dijo Tandro—. Él es quien avisa a los warman para que intervengan con sus armas de muerte.

—He creído entender que los warman no son seres de vuestra civilización.

—Así es —asintió el ingeniero Markio—. Ellos no son como nosotros,



no se mezclan con nadie y por lo bajo se dice que no son seres humanos.

—¿Ah, no, y qué son entonces?

—Son los guerreros diablos, están a las órdenes de los alien.

Tandro explicó:

—Nadie ha visto a ninguno de ellos muerto.

—Me habéis contado que hay guerrilleros en montañas y desiertos que luchan contra los guardias y contra los warman.

—Así es —admitieron los dos hombres de win.

—¿Y no habéis conseguido matar nunca a ninguno de ellos?

Tandro, con la actitud de estar explicando algo misterioso e incomprensible para su menguado entendimiento, dijo:

—Cuando están heridos de muerte, se convierten en fuego y desaparecen.

—Ahora os pido que me ayudéis a entrevistarme con la reina, no quiero ocultarme por ahí. Además, os prometo que si veo la forma de ayudaros en vuestros problemas, lo haré en la medida que me sea posible. Sólo soy un miliciano del espacio, nada más.

—Si así lo deseas, así lo haremos, pero sería de gran beneficio para nuestro pueblo que nos enseñaras algunas cosas.

—¿Cómo qué?

—Algo de la ciencia que poseen los alien.

—¿Quieres que tu pueblo combata a los dioses y no con conjuros u oraciones? —preguntó Noi, irónico.

—Estamos indefensos contra ellos.

—Lo entiendo, pero es condición primordial no intervenir decisivamente en la evolución de las civilizaciones que no han llegado a alcanzar la tecnología suficientes para desplazarse por los espacios interestelares.

—Pues los alien intervienen en nuestra civilización y lo hacen para

esclavizarnos —replicó Tandro con acritud.

—Tenéis razón, pero todavía no veo la forma en que puedo ayudaros. Tened paciencia. Yo sé que estáis en contra de vuestro sistema de gobierno, pero no os traicionaré.

—Tendremos que pedir ayuda.

—¿A quién? —preguntó Tandro al ingeniero.

—Al ministro de los asuntos reales.

—No va a ser fácil que ese personaje nos atienda.

—Poneos de acuerdo. Dejo estos trámites en vuestras manos e insisto que no es mi deseo dañar a nada ni a nadie.

—Me pondré en contacto por teléfono con la superioridad —dijo el ingeniero.

—No digáis a nadie de qué se trata hasta que haya podido hablar con el propio ministro de los asuntos reales.

—Sí, pero pongámonos antes de acuerdo —pidió el ingeniero Markio —. Tú no has sido extraído de la profundidad de los hielos, porque si digo tal cosa no habiendo informado previamente del suceso a mis superiores, tendría muchos problemas.

—¿Qué quieres que diga? —preguntó Noi.

—La verdad —pidió Tandro—, Que has llegado de arriba del espacio, como un dios más.

—Tiene razón —corroboró el ingeniero Markio.

—De acuerdo, no os comprometeré. Diré que he venido del espacio como pedís. Después de todo, es cierto, sólo que hay un problema de tiempo por medio, claro que quizás no sepáis que cuando se viaja por los espacios interestelares a hipervelocidades, el tiempo pierde el sentido que tiene para los que, como vosotros, vivís pegados a un planeta sin moveros de él, controlando los períodos de rotación para dividir el día de la noche, y la traslación en torno a vuestra estrella-sol para conocer las diversas estaciones del año. Arriba, en los viajes interestelares, encerrado en una cosmonave, no existe el día ni la noche, el verano, el otoño, el invierno ni la primavera, el tiempo es relativo.

—Tenemos teorías sobre todo lo que nos dices, Noi —le dijo el ingeniero Markio— pero no las hemos podido llevar a la práctica porque los alien han estancado nuestra civilización.

—¿No sería mejor que partiéramos ahora mismo? —propuso el capataz Tandro.

El ingeniero Markio replicó:

—Si lo hacemos, van a llover preguntas sobre nosotros. Además, si algún traidor ve a nuestro amigo Noi que va armado, lo delatará y los warman caerán sobre nosotros. Voy a llamar por teléfono.

El ingeniero Markio inició los contactos para conseguir hablar con el ministro de los asuntos reales. De cuando en cuando, brotaban imprecaciones por su boca ante las negativas de los funcionarios con los cuales contactaba.

—Dígame de qué asunto se trata —le exigían.

—Lo siento, es un asunto de estado. Sólo el ministro de asuntos reales podrá determinar si ha de divulgarse o no —replicaba Markio.

—Hum, veré qué se puede hacer, pero no puedo prometerle nada. Quede a la espera de mis noticias.

Aquel tipo de respuestas era el que se solía recibir.

Cuando se acercaba ya a casi seis horas de intensas llamadas telefónicas, logró contactar con un antiguo compañero de estudios que estaba muy bien colocado en palacio.

—¿De veras se trata de algo importante, Markio? —preguntó con una voz que tenía mucho de amenaza.

—Si, Proim, díselo al ministro Handock, es muy importante.

—Pero, ¿no puedes adelantarme de qué se trata? Si no le avanzo nada, puede negarse.

—Hablar por teléfono es muy peligroso, Proim, pero te aseguro que no te arrepentirás y el ministro te tendrá en cuenta. Es algo muy importante.

—Sé que estás metido en investigaciones minerales. ¿Has encontrado algo importante?

—Muy importante. Nosotros nos ponemos en camino hacia el palacio del lago grande. Consigue que el ministro nos dé protección. Repito, es muy importante.

—Lo tendré en cuenta, pero será mejor que no te muevas de donde estás hasta que yo te dé órdenes de palacio.

—No podemos esperar, Proim, nos ponemos en marcha de inmediato.

—¿Ponemos, cuántos sois?

El ingeniero Markio colgó el auricular para no dar una respuesta.

—¿Ha conseguido algo? —preguntó Tandro.

—Sí, podemos ponernos en camino. Daré las órdenes oportunas para que prosiga la perforación de los hielos en nuestra ausencia. Llama a los cuatro especialistas. Ellos se vendrán con nosotros y transportarán la caja de nuestro importante visitante.

—¿Ha ido todo bien? —preguntó Noi, acercándoseles.

—Sí, pero con mucha cautela, es mejor que no te vean. Te daremos ropas de abrigo para que te confundas con uno de nosotros, aunque tu estatura te va a delatar. Eres más alto de lo normal entre nosotros —dijo el ingeniero Markio.

—¿Hay que pasar algún control? —preguntó Noi.

—Posiblemente, muchos.

—Si nos llevamos la caja, él podría pasar los controles metido dentro de ella, si es que puede controlarla desde el interior.

—Por supuesto que puedo controlarla —dijo Noi.

—En ese caso, vamos a emprender la marcha de inmediato antes de que ese teléfono comience a dar timbrazos insistentes. No quiero responder a ninguna pregunta más, todo esto es muy grave. —Se encaró con Noi para decirle—: Confiamos en que tú puedas ayudarnos. No sé cómo, pero presiento que tú nunca serás amigo de los alien.

—Pero si los dioses alien se enteran de su presencia aquí, tratarán de capturarlo o matarlo —aventuró Tandro.

—Es posible —admitió Noi— y más si averiguan que pertenezco a las

milicias espaciales de las Democracias Confederadas Interestelares; pero, no temáis por mí, yo sí puedo luchar y estoy armado. Si me atacan, me defenderé.

Los hombres de Win le miraron y se convencieron de que sería tal como Noi había dicho. Si le atacaban, se defendería y un ser que había sobrevivido más de dos millones de años en lo más profundo de los hielos del polo, debía ser capaz de lo inimaginable.

CAPITULO IV

Tandro conducía a buena velocidad el pequeño camión oruga que taladraba las tinieblas con sus tres faros. Salvaba los pequeños obstáculos con facilidad mientras avanzaba en dirección sudoeste.

Noi, que viajaba sentado a su lado, le preguntó:

—¿Adónde vamos?

—Dentro de siete horas parte un barco de los ultrarrápidos en dirección al continente.

—¿Llegaremos a tiempo?

—No lo sé —confesó Tandro—. Estoy sacándole a este trasto la máxima velocidad posible. Si perdemos ese barco, el próximo saldrá dentro de ciento cincuenta horas y además es un carguero ordinario que hace el viaje en muchísimo más tiempo.

—Entonces, no hay que perder el ultrarrápido —aprobó Noi.

Como viera que Tandro se fatigaba en la conducción, Noi le pidió:

—Déjame a mí.

—¿Sabrás conducir este vehículo? Te advierto que es algo pesado y difícil para la maniobra y en las bajadas con hielo puede convertirse en un patín imparable.

—Descuida, verás como no lo hago mal del todo.

Se colocó al volante y puso la marcha al máximo. El ingeniero Markio comenzó a dar saltos en su asiento.

—Nos vamos a estrellar.

—No temáis, esto corre poco para lo que yo estoy acostumbrado.

—Si sigue así, no resistirá el motor —advirtió Tandro.

—Esperemos que sí.

Prosiguieron el avance por las llanuras heladas hasta que entraron en

una cadena de montañas de hielo.

—Hay que seguir el camino de la garganta —dijo Tandro, señalando con el dedo hacia donde las montañas parecían cerrarse.

Noi inquirió:

—¿Está libre ese camino?

—No lo sé —respondió Tandro.

Cuando llevaban un buen trecho del tortuoso camino recorrido, se vieron imposibilitados para avanzar más. Los grandes bloques de hielo reverberaban en todas direcciones la luz de los faros del vehículo.

—Esto es una desgracia —comentó Tandro cuando Noi detuvo el vehículo ante la imposibilidad del avance.

Molesto, casi vencido, el ingeniero Markio opinó:

—Tendremos que rodear la cordillera y avanzar por la gran llanura helada.

—Eso nos hará perder muchas horas —advirtió Tandro—, y llegaremos más tarde para tomar el barco ultrarrápido.

—Pues, no hay otra forma de pasar. Ahí delante tenemos millones de toneladas de bloques de hielo que nos cierran el paso de la garganta. Todos temíamos que este derrumbe se produjera de un momento a otro y sabemos que sólo un veinticinco por ciento de los hielos de superficie se licuan cada cuatro años en el verano polar.

—No desesperéis —pidió Noi—. Veremos qué se puede hacer.

Noi tomó su fusil politronic y salió del vehículo. No hacía viento, pero la temperatura era baja, muy baja.

—¿Qué va a hacer? —quiso saber Tandro, intrigado.

—No sé —confesó el ingeniero Markio.

Los otros cuatro hombres se acercaron a mirar a través del cristal parabrisas. Tenían las portezuelas bien cerradas para que el calor que les proporcionaba la calefacción del vehículo no escapara.

El fusil politronic encañonó los grandes bloques de hielo.

Noi apretó el gatillo-botón y surgió el dardo de luz que dio en los hielos. Pareció que todas las montañas se iluminaban. Aquel dardo de luz, de un grosor de pulgadas, comenzó a cortar y a fundir los bloques de hielo, a tal velocidad que los hombres de win quedaron boquiabiertos.

El hielo licuado comenzó a deslizarse junto a la base de los picachos. La montaña de bloques de hielo se fundió y el agua en que se convirtió, a causa de la baja temperatura, volvió a congelarse, pero entre las dos pareces de los picachos quedó una pista de hielo que dejó atónitos a los seres win.

—Vamos, Tandro, conduce tú ahora —le dijo Noi.

—El poder de tu arma es asombroso. Para quitar ese hielo hubiéramos tardado meses trabajando muchos hombres al mismo tiempo y por turnos, noche y día.

—Existen armas superiores a mi fusil, pero ya habéis visto que es útil. Y ahora, no perdamos el tiempo.

El vehículo cruzó lo que parecía una pista de finísimo hielo a gran velocidad y prosiguió su avance hasta llegar al puerto donde flotaban los bloques de hielo. Allí había dos barcos, uno grande y de color negro que era el mercante y otro más pequeño y ligero que era el ultrarrápido.

—Será mejor que te metas dentro del cartucho —le recomendó el ingeniero Markio.

—Sí, los controles de la guardia son muy duros —dijo Tandro— y tu caja no hay forma de abrirla.

—De-acuerdo —aceptó Noi para no crear problemas—. Da tres golpes, luego dos y después tres para que sepa que no hay problemas. «

—De acuerdo —aceptó el ingeniero Markio algo nervioso por la situación. Sabía que la guardia se mostraba siempre recelosa y suspicaz, quizás temiendo que los warman les acusaran de debilidad.

Tal como temían, la guardia quiso saber lo que contenía el cartucho metálico.

—No lo sabemos —respondió el ingeniero—. Es asunto de estado.

—Pero, hay que saber lo que contiene —insistió el oficial de la

guardia al cual apenas se le veían los ojos debido a las pieles que le cubrían a causa del frío reinante.

—Pregúnteselo al ministerio de los asuntos reales, es una cuestión secreta. Yo no puedo revelar nada.

El oficial de la guardia se resignó aunque a regañadientes.

El cartucho de supervivencia fue embarcado y dos horas más tarde, el ultrarrápido se abría paso entre los hielos flotantes. Luego, ya a mar abierto, el barco ultrarrápido avanzó con mayor rapidez.

El ingeniero Markio buscó el momento oportuno para golpear el cartucho. Este se abrió y Noi salió de su interior. Markio le entregó ropas para que se las pusiera por encima de las que ya llevaba.

—Si no te pones de pie, puedes pasar desapercibido.

Noi pudo tomar caldo caliente y comida también caliente. Se sintió mejor, pero se cansó de estar sentado y fue a pasear por el barco.

El oficial de la guardia que viajaba en el buque se encontró de frente con Noi. Lo miró perplejo y le detuvo.

—A ti no te conozco.

—Yo a ti, tampoco —replicó Noi con su voz lenta y grave.

—Tú no estás en la lista de embarcados. ¿De dónde has salido?

—De arriba.

—¿De arriba, de dónde?

—De una estrella lejana.

—Tú no te ríes de mí —silabeó el oficial, armándose con la porra.

—Déjame en paz —le pidió Noi.

—Vas a seguirme al calabozo y ya averiguaremos quién eres.

Noi alargó su mano con rapidez. Sujetó la porra, la hizo girar y la arrancó de la diestra del oficial de guardias. Después, ante la sorpresa de éste, arrojó la porra al agua.

—Tú te vas a olvidar de mí o irás detrás de tu porra, y me temo que el

agua está muy fría.

—¿Cómo te has atrevido? —rugió enfurecido mientras sus ojos despedían chispas.

Las manos de Noi lo sujetaron por los brazos. Lo elevó en el aire y lo acercó a la baranda.

—¿Quieres nadar?

-¡No!

—De acuerdo, pues déjame en paz.

Volvió a dejarlo sobre cubierta.

El oficial se alejó corriendo y Noi continuó hacia la proa. Quería ver el sol de aquel planeta. En aquellas latitudes y en tales fechas, el sol sólo se alzaba unos grados por el horizonte y adquiría una gran belleza.

Sintió entonces la soledad de los cosmonautas. Cerca de él estaban los win, pero no dejaban de ser unos extraños para él. Estaban en un grado de civilización muy atrasado y no por culpa suya, sino por imposición de los seres llamados alien que se hacían tratar como dioses y exigían su tributo constante de aquel planeta sometido.

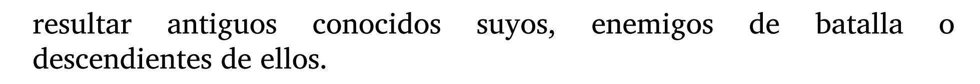
¿Dónde estaban los suyos? Quizás no volviera a verlos jamás, aunque tenía la esperanza de que cuando lanzara sus mensajes espaciales, alguna cosmonave en ruta (aunque no perteneciera a su civilización) le recogiera y trasladara a algún planeta «frontier», donde se enrolaría en cualquier cosmonave que le llevara a su planeta madre, si es que aún existía.

Todo iba a ser largo y complejo.

Pensó que allí, a mar abierto, podía lanzar su mensaje de petición de ayuda a las cosmonaves que estuvieran en ruta del planeta Win, pero existía el riesgo de que los alien lo interceptaran y tomaran medidas.

Lo que hacían los alien estaba expresamente prohibido por la Carta Magna Galáctica. No se podía conquistar ni explotar civilizaciones con un grado inferior de civilización científica y tecnológica, pero los alien parecían carentes de toda ética.

Tomó la decisión de esperar. Aún no sabía lo suficiente sobre la actitud que podían tomar los alien que, por otra parte, podían llegar a


resultar antiguos conocidos suyos, enemigos de batalla o descendientes de ellos.

—Entrégate —exigió el oficial de la guardia.

Noi se volvió y descubrió al oficial, esta vez acompañado por seis guardias armados con porras.

—Será mejor que os marchéis —advirtió Noi.

—Entrégate —le conminó de nuevo.

En la mano de Noi apareció la pistola polivalente. La graduó al mínimo y apuntó al oficial.

—Os aconsejo que os marchéis y me dejéis en paz.

—Entrégate, quien quiera que seas.

—No.

—¡Apresadle y dadle duro! —ordenó el oficial.

Noi apretó el gatillo.

Los invisibles rayos supra ultrasónicos, en su mínima potencia, escaparon por el cañón del arma y el primero en ser alcanzado fue el oficial de la guardia que cayó al suelo retorciéndose de dolor.

Los otros cayeron también antes de que ninguno pudiera llegar a golpear a Noi. Este recogió las porras caídas y las arrojó al mar. Después, se alejó del lugar dejando a los guardias caídos y con los rostros desencajados por los dolores que sufrían, dolores que en pocos minutos cesarían sin dejar huella.

Ninguna herida podría detectarse en sus cuerpos, pues Noi no había querido dañar a aquellos hombres a los cuales hubiera podido desintegrar si ésa fuera su intención.

Noi regresó junto al ingeniero Markio y los demás.

—La guardia está algo molesta.

—¿Te han descubierto?

—Sí, pero no temas, creo que no me seguirán buscando. ¿Cómo van tus contactos con el palacio?

—Hasta que no desembarquemos, no podré contactar de nuevo.

La guardia que viajaba a bordo del barco ultrarrápido no volvió a molestarles, ni siquiera intentó localizar al extraño hombre que había disparado su arma contra ellos.

El buque llegó al puerto de destino.

Los hombres del ingeniero Markio, con mucha precaución, desembarcaron el pesado cartucho de supervivencia, pero Noi ya no estaba dentro de él. Lo advirtieron cuando subieron el cartucho al tren y le vieron junto al andén, tratando de mezclarse con otros pasajeros.

Una patrulla de warman hizo su aparición en el andén de la estación.

Todos los win temían a aquellos guerreros enviados por los dioses alien. Sus cabezas y la mitad de sus rostros quedaban ocultos y protegidos por cascos protectores, y sus cuerpos parecían forrados con una especie de malla metálica que les hacía invulnerables a cualquier ataque.

Portaban fusiles que disparaban municiones de gran potencia y otros llevaban poderosísimos lanzallamas, pues sabían que el fuego atemorizaba mucho a los win.

—¿El ingeniero Markio? —preguntó el oficial de la patrulla de los warman, poniendo su fusil por delante.

—Yo mismo —dijo el ingeniero sin tratar de ocultarse.

Tandro expresó en su rostro una honda preocupación, lo mismo que los hombres que estaban con él. Si los warman les consideraban guerrilleros, les matarían allí mismo.

—¿Dónde está el extranjero? —inquirió el oficial warman.

—¿Extranjero? No sé de qué me hablas.

Con la punta del fusil, el oficial warman golpeó el pecho del ingeniero haciéndole tambalear dolorosamente.

Tandro hizo ademán de saltar sobre el oficial de los guerreros warman, pero uno de sus hombres le contuvo y el propio ingeniero Markio levantó una mano pidiéndole que no interviniera.

—Nosotros vamos a entrevistarnos con el ministro de asuntos reales.

—¿Por qué, para qué?

—Asuntos de alto estado —repuso el ingeniero Markio.

—Nosotros estamos por encima del alto estado.

—Eso se lo decís al ministro de asuntos reales —replicó Tandro.

En aquel momento apareció el ridiculizado oficial de la guardia que estaba supeditado a los warman.

—El extraño que tiene poderes viaja dentro de la caja de acero —dijo.

—¿Es cierto lo que dice el oficial de la guardia? —inquirió el oficial de la patrulla warman.

—Yo no sé lo que él dice —objetó Markio—. Los oficiales de la guardia suelen inventarse historias falsas para conseguir ascensos, son muy aduladores.

El oficial de los guerreros warman, los únicos que tenían derecho de vida y muerte sobre los seres de Win por orden expresa de los alien, se acercó a la caja metálica y la golpeó con la culata de su arma. Después, se volvió hacia sus hombres para ordenarles:

—¡Abridla!

Los warman, con gran satisfacción del oficial de la guardia, trataron de abrir el cartucho de supervivencia. No tardaron en quedar perplejos, pues no veían por donde podía abrirse.

—Es imposible —les dijo el ingeniero Markio—. Nosotros encontramos la caja en los hielos y la llevamos al ministro. Mi obligación es entregar a mis superiores lo que descubra.

—A tus superiores, sí, pero no exactamente al ministro de asuntos reales que no interviene en estos asuntos —replicó-el oficial de los warman que ordenó—: Disparad sobre la caja.

—¡No lo hagáis! —pidió el ingeniero Markio—. Su contenido podría averiarse.

—¡Disparad! —ordenó tajante el oficial warman.

Tuvieron que apartarse.

Las balas explosivas golpearon el cartucho de supervivencia

produciendo explosiones. Cuando el fuego cesó, descubrieron con gran sorpresa que el cartucho estaba intacto.

Los hombres y mujeres que habían estado por el andén de la estación desaparecieron para ponerse a resguardo.

—Vosotros —ordenó a los obreros especialistas que estaban subordinados al ingeniero Markio—, sacad la caja y dejadla allá junto a la piedra.

Los cuatro hombres miraron al ingeniero. Fue Tandro, que sabía que Noi estaba a salvo dentro del tren, quien les ordenó:

—Haced lo que os mandan.

Con las dificultades consiguientes debido al enorme peso del cartucho de supervivencia, lo dejaron donde se les indicaba. El oficial de los warman ordenó al que llevaba el lanzallamas:

—Caliéntalo un poco. Si hay alguien dentro, saldrá, seguro que saldrá.

El pavoroso chorro de fuego casi blanco brotó del cañón del lanzallamas envolviendo todo el cartucho. Después, cesó. Todos esperaban que el cartucho se abriera, pero éste continuó cerrado.

—¡ Más fuego, fúndelo! —ordenó el oficial warman.

Mantuvieron el chorro ígneo contra el cartucho, pero éste había sido ideado para resistir el frío más absoluto y temperaturas altísimas.

Cuando el fuego cesó, el cartucho aparecía igual que antes. Nadie dijo nada, excepto el oficial de los guerreros warman.

—Está bien, volved a meterlo en el tren. Estaréis vigilados, que ninguno de vosotros abandone el vagón o será exterminado.

Tuvieron que esperar a que el cartucho se enfriara. Después, fue cargado de nuevo en el tren y éste se puso en marcha. La prohibición de fabricar aparatos voladores había hecho que la técnica hubiera avanzado mucho en cuanto a medios de transporte terrestre se refería.

El vagón quedó fuertemente vigilado mientras se internaba en el gran continente.

Noi, vestido con ropas win, pasó desapercibido gracias a que se encogía en su asiento.

Al llegar la noche, se ocultó en una litera. En aquel viaje pudo observar que el rostro de los win era triste, aquellas gentes sometidas no reían.

Por todas partes se veían guardias con porras, pero no aparecieron más guerreros warman que los que viajaban dentro del propio tren.

El tren ultrarrápido se internó por el gran desierto y pasó junto a las estaciones mineras. Entonces, por la ventana pudo ver las largas filas de hombres win encadenados.

—Tú, la documentación —le exigió un guardia que consiguió sorprenderle.

—Ah, sí, la tiene el oficial de los warman.

—¿El oficial de los warman? —repitió el guardia, receloso.

Noi, que procuraba que no se notara su estatura nada corriente, respondió:

—Sí, soy uno de los especialistas que trabajan en el polo con el ingeniero Markio. Puede preguntárselo al oficial de los warman.

—Bien —asintió el guardia, alejándose.

Al fin, el tren entró en la estación central de la ciudad del gran lago.

La ciudad era de casas bajas, sólo de dos plantas, y en el horizonte, en el mejor lugar del lago, se alzaba el magnífico palacio real rodeado de jardines con grandes árboles seculares.

Noi recogió el petate en el que había ocultado cuanto había decidido llevar consigo. Se acercó al ingeniero Markio que vigilaba el transporte de la caja de supervivencia mientras la operación era controlada por los guerreros warman.

—Háblale a la reina, yo iré a palacio por mi cuenta.

—Eh, tú, ¿qué haces aquí? —inquirió uno de los warman al cual sólo se le veían los ojos por la mirilla de su yelmo protector.

A Noi le pareció que aquellos ojos eran demasiado fríos para ser humanos.

—Ha sido un placer volver a verle, ingeniero —le dijo Noi alejándose, tratando de disolverse entre la gente que había en la estación de

ferrocarriles mientras más guerreros warman rodeaban el cartucho de supervivencia espacial.

CAPITULO V

El ingeniero Markio se vio ante el ministro de asuntos reales Handok, junto al cual se hallaba Proim, el celoso funcionario del gabinete real.

—Bien, ¿qué es eso tan importante de lo que tiene que informarme? Le advierto que los warman están inquietos y es de suponer que los dioses alien estén informados de esta situación irregular.

—Excelencia, ha llegado un nuevo dios de entre las estrellas.

El ministro quedó como mudo. A su lado, el diligente funcionario Proim preguntó:

—¿No estarás desvariando, Markio? La soledad y el frío del polo parece haberte afectado.

—No. En cuanto lo descubrí me puse en contacto contigo, Proim, para que su excelencia conociera la noticia de inmediato.

—Ha hecho bien, ingeniero Markio —asintió el ministro.

Proim, a su lado, aprobó también:

—Correcto.

—Este dios se llama Noi y quiere ver a la reina.

—Despacio, despacio... ¿Ese dios del que hablas es un alien?

—No, no lo es.

—¿Te lo dijo él mismo?

-Sí.

—¿De dónde procede?

—Dice que de las Democracias Confederadas Interestelares.

—¿Y eso qué es? —preguntó Proim, poniendo cara de perplejidad y tratando de ayudar al ministro en su interrogatorio.

—Yo no lo sé.

—¿Dices que es poderoso?

—Sí, lo es.

—¿En qué sentido?

—Llegó dentro de esa caja metálica que hemos traído —respondió el ingeniero Markio.

—¿Lo viste caer del cielo?

—No, pero encontramos la caja y la recogimos. Se abrió y apareció él.

—¿Es hostil? Debo hacer preguntas antes de decidir si puede ser recibido o no por la reina.

—Lo comprendo. No, no me parece hostil. Creo que ha llegado perdido y que lo que desea es visitar a la reina y luego marcharse.

—¿Cómo? ¿Posee alguna máquina capaz de subir hacia las estrellas?

—No lo sé.

—¿Tiene vehículos? —quiso saber Proim.

—Que yo sepa, no. Hemos viajado en nuestros vehículos convencionales.

—¿Y qué quiere decirle a la reina? —preguntó el ministro.

—No lo sé, no me ha informado.

—En ese caso, será mejor que antes hable conmigo.

—Es lo mejor, excelencia —se apresuró a decir

Proim que era el más bajo y grueso de los tres personajes.

—Yo no puedo decirle a Noi lo que ha de hacer, excelencia. Él me ha pedido que le facilite una entrevista con la reina.

Proim objetó:

—Eso es una insolencia, por muy dios que sea.

—Bien, bien —calmó el ministro a su subordinado, como el amo que apacigua a su perro que gruñe a un forastero—. Tendrás que decirle que salga de su encierro. Por cierto, ¿siempre permanece dentro de

esa cápsula?

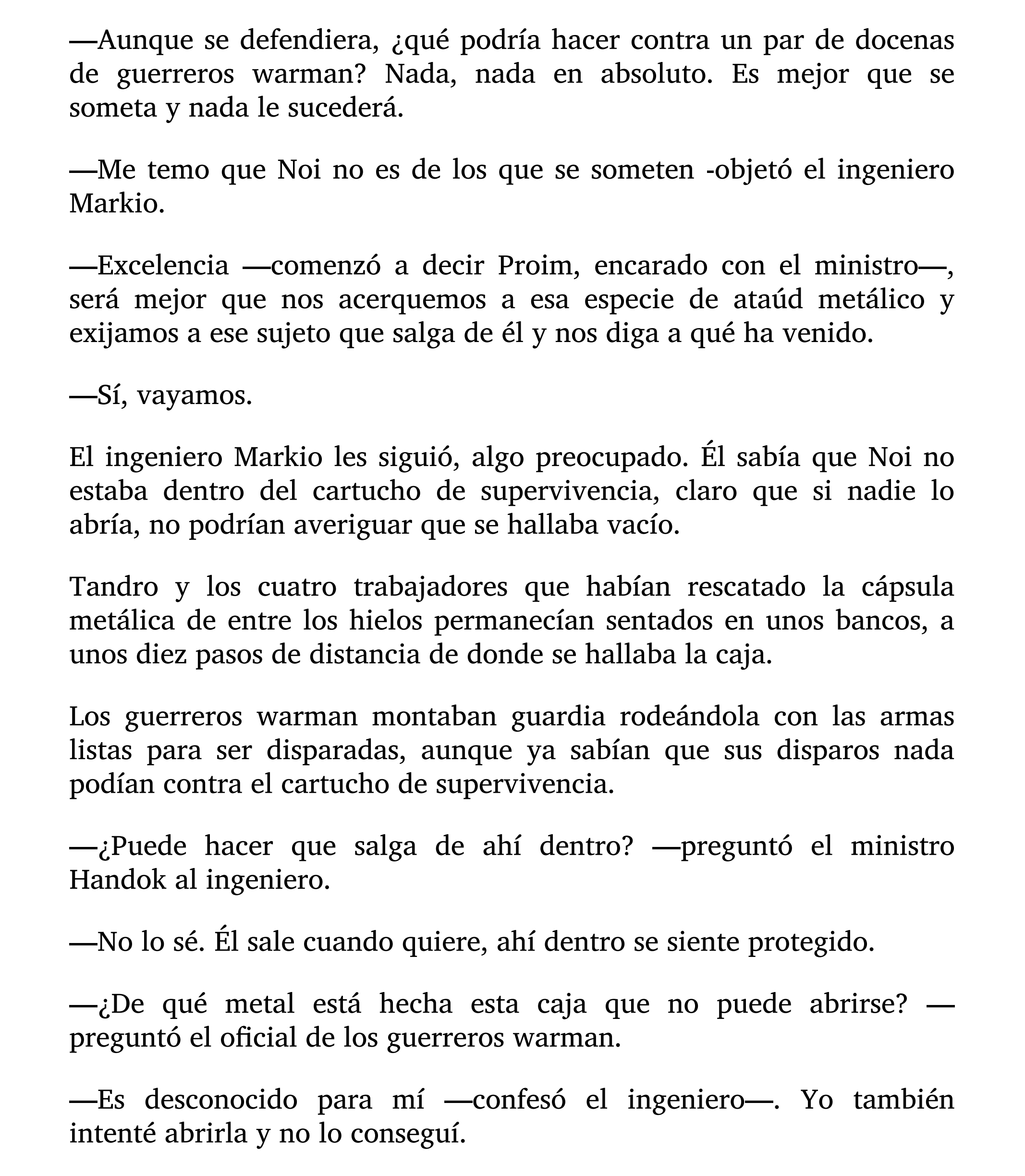
—Lo ignoro, excelencia.

Proim advirtió:

—Los warman están muy inquietos, quieren verlo.

El ingeniero Markio opinó:

—Sería peligroso que le vieran, podrían atacarle y él se defendería.



—Aunque se defendiera, ¿qué podría hacer contra un par de docenas de guerreros warman? Nada, nada en absoluto. Es mejor que se someta y nada le sucederá.

—Me temo que Noi no es de los que se someten -objetó el ingeniero Markio.

—Excelencia —comenzó a decir Proim, encarado con el ministro—, será mejor que nos acerquemos a esa especie de ataúd metálico y exijamos a ese sujeto que salga de él y nos diga a qué ha venido.

—Sí, vayamos.

El ingeniero Markio les siguió, algo preocupado. Él sabía que Noi no estaba dentro del cartucho de supervivencia, claro que si nadie lo abría, no podrían averiguar que se hallaba vacío.

Tandro y los cuatro trabajadores que habían rescatado la cápsula metálica de entre los hielos permanecían sentados en unos bancos, a unos diez pasos de distancia de donde se hallaba la caja.

Los guerreros warman montaban guardia rodeándola con las armas listas para ser disparadas, aunque ya sabían que sus disparos nada podían contra el cartucho de supervivencia.

—¿Puede hacer que salga de ahí dentro? —preguntó el ministro Handok al ingeniero.

—No lo sé. Él sale cuando quiere, ahí dentro se siente protegido.

—¿De qué metal está hecha esta caja que no puede abrirse? —preguntó el oficial de los guerreros warman.

—Es desconocido para mí —confesó el ingeniero—. Yo también intenté abrirla y no lo conseguí.

—Haz lo que sea preciso para que salga —exigió el ministro.

El ingeniero, preocupado, se acercó a la cápsula. Después, pidió:

—Que los guerreros se alejen unos pasos.

—Hagan lo que dice —indicó el ministro al oficial de los warman.

El oficial se revolvió hacia el ministro de asuntos reales y, tajante, replicó:

—Nosotros no obedecemos órdenes de ningún win.

—Lo sé, lo sé —se apresuró a decir el ministro que temía a los warman que constituían el brazo ejecutor de los temidos alien.

—Sólo le sugiero que retire a sus guerreros unos pasos para ver si el extraño se decide a salir.

El oficial hizo unos gestos y los guerreros se apartaron.

El ingeniero se acercó a la cápsula. La golpeó con los nudillos como en una contraseña. Pegó su oído al metal y pareció escuchar. Después, dio otros dos golpes con los nudillos y se apartó de la cápsula.

—Dice que saldrá cuando tenga la recepción de la reina.

—No tendrá ninguna recepción si no se deja ver antes y habla conmigo —gruñó el ministro Handok.

El ingeniero Markio sabía que la reina sólo constituía la cabeza visible. No era ella quien generalmente dictaba las leyes sino su gabinete, a instancias de los alien, y en ocasiones, ella misma recibía las órdenes directas de los alien que descendían hasta el templo para, según ellos, iluminarla.

—Yo no puedo hacer nada, excelencia.

—Es mejor que busquen a los mejores especialistas en el corte de metales —dijo el oficial de los warman— o serán los dioses alien quienes decidan lo que hay que hacer. Los dioses lo pueden todo, absolutamente todo.

—Por supuesto —aceptó el ministro, intimidado por el oficial de los guerreros. Sabía que si aquel ser disparaba su arma contra él y lo mataba, nadie iba a llorarle. Sería olvidado olímpicamente y nadie castigaría al oficial de los warman, pues la justicia que se aplicaba en

el planeta nada podía contra ellos.

Por orden expresa de los dioses alien, ellos estaban por encima de la justicia win.

—Consultaré con los dioses alien —advirtió el oficial.

—Será lo más prudente —aceptó el ministro Handok.

Luego, se retiró y el ingeniero le siguió de cerca.

Cuando ya estaban en otra sala del palacio, lejos de los oídos de los guerreros warman, el ingeniero le preguntó:

—¿Qué va a hacer, excelencia?

—No lo sé. Si los warman no hubieran intervenido« todo seria más fácil, pero con ellos no se pueden gastar bromas. No obstante, consultaré con su majestad la reina, quizás ella también quiera preguntar a los dioses alien lo que debe hacer. No hay que olvidar que faltan muy pocas jornadas para las grandes ceremonias de adoración a los dioses alien. I

El oficial de los guerreros warman dejó que los win se marcharan, pero él mantuvo la vigilancia en aquella estancia por si el cartucho se abría solo o bien llegaban! técnicos capaces de abrirlo con herramientas apropiadas.

El ingeniero Markio quedó muy preocupado junto al Tandro y los otros cuatro hombres.

Ellos sabían que Noi no estaba dentro de la cápsula de supervivencia y si tal situación era descubierta, podían tomarla como una burla a la reina y costarles muy caro. Confiaba en que la cápsula resistiera las tentativas de los warman y los especialistas que trataran de» abrirla.

El ministro Handok, acompañado de Proim, se dirigió a los jardines del lago donde sabía se encontraba la reina acompañada de sus doncellas.

Tenía que contarle lo que estaba ocurriendo, aunque intuía que a ella todo aquello iba a importarle muy poco.

La misión de la reina, aparte de celebrar las grandes ceremonias religiosas y presidir reuniones y fiestas, no era otra que vivir plácidamente dentro de las instalaciones que había en palacio.

Como era preceptivo, el ministro se detuvo a una cierta distancia.

Se le acercó una mujer de unos cuarenta años, alta y muy fuerte. Ella era una de las guardas de la reina.

—Ministro Handok.

—Deseo hablar con su majestad Xala.

—Un momento, excelencia.

Felania se retiró. Habló con la joven y altiva reina y luego hizo un gesto al ministro para que se acercara. Proim le seguía un par de pasos atrás.

Proim no perdía la posibilidad de ver de cerca a la reina. Todo el pueblo de Win sabía qua su reina era bellísima, pero sólo los que se aproximaban a ella podían comprobar que aún lo era más de cuanto se decía.

El ministro Handok se acercó hasta la distancia que marcaba el protocolo.

La joven y deslumbrante Xala permaneció sentada en la butaca del jardín que estaba hecha con un combinado de garras de oro y maderas finísimas de color amarillo claro.

—Majestad.

—¿Qué sucede, Handok, para que vengas a visitarme a los jardines? ¿No es mañana la reunión del gabinete?

Los ojos de la reina eran muy grandes, de pupilas verde claro como hierba que recién ha bebido el agua de la lluvia en primavera.

Sus largos cabellos tenían un color verde azulado. Sus labios eran levemente carnosos y de color cereza. Su rostro, algo redondo, se alargaba un poco en la mandíbula. Era muy esbelta, de talle algo largo, pero sus jóvenes y turgentes pechos se alzaban altivos bajo la túnica que los ocultaba.

—Majestad, el ingeniero Markio, al cual no conocéis, como es lógico deducir...

—sí es, jamás he oído hablar de él.

—El citado ingeniero Markio descubrió la caída de un objeto extraño

de entre las estrellas y junto con sus hombres se apoderó de él.

—¿Y eso es tan importante?

—Majestad, del interior salió un supuesto dios, alguien que parece tener la misma fuerza que los dioses alien.

—Eso no es posible. No hay nadie tan poderoso como los dioses alien.

—Majestad, yo no he visto a ese ser, pero los guardias que se le enfrentaron fueron abatidos con rapidez. Los guerreros warman debieron conocer sus poderes porque se presentaron para hacerle salir de la cápsula, en la que se había encerrado de nuevo y no lo consiguieron.

—¿Dónde está ahora ese ser?

—En palacio, majestad, custodiado por los warman y me temo que si ese ser vuelve a aparecer, los warman tratarán de exterminarlo.

Algo despectiva, replicó:

—Si es tan poderoso como aseguras, los guerreros warman nada podrán contra él. Nadie puede nada contra los dioses que habitan en las estrellas.

—Así debe ser, majestad, pero mi obligación era comunicároslo antes de que pudiera suceder lo irremediable, ya que ese ser desconocido ha expresado su deseo de que le recibáis.

-¿Yo?

—Así es, majestad.

—Yo no recibo jamás a extraños.

Mientras, unas doncellas de palacio se reían mientras chapoteaban en las aguas del lago que penetraban en los jardines reales.

—Lo sé, majestad, pero este caso parece excepcional.

—¿Y qué es lo que querría ese ser de la reina de los win, la protegida de los dioses alien?

—Lo ignoro, majestad, yo no le he visto.

—Mañana nos veremos en la reunión del gabinete, Handok. Espero

que para entonces te hayas entrevistado con él, puesto que en caso contrario llegaría a sospechar que has tratado de burlarte de mí.

—Jamás llegaría ni tan sólo a imaginar semejante cosa, majestad.

—Mañana nos veremos, Handok —repitió, cortante, mientras se alzaba de la butaca.

Puesta en pie, se veía más alta que el propio ministro. Simplemente como mujer, habría destacado por encima de las demás, pero estaba muy embebida en su altísimo cargo de reina de los win.

—Proim.

—¿Sí, excelencia?

—Si todo lo que dice el ingeniero Markio es falso, será mejor que te mates tú mismo, pues de lo contrario yo buscaré una muerte larga y refinada para ti.

Proim tragó saliva. Sabía que aquella amenaza podía convertirse en una desagradable realidad y a breve plazo.

CAPITULO VI

Noi había esperado ver una civilización metida de lleno en el carbón, el petróleo y la electricidad, sin avances electrónicos pero con cierta dignidad; sin embargo, las casas eran bajas, endebles y podían haber sido mucho más agradables y cómodas.

En muchos de los barrios se palpaba la miseria, apenas se veían vehículos privados y sí muchos vehículos públicos.

Con el petate en que llevaba sus cosas más importantes entró en un bar y allí fue mirado con hostilidad.

—¿Qué va a ser?

—Algo que no tenga alcohol y que refresque y quiero comer.

—Aquí sólo servimos bocadillos.

—Pues, déme bocadillos —pidió Noi.

Comió de lo que le dieron, repitió tres veces y bebió un líquido denso que parecía cerveza, amarga y fría. Se dijo que no tenía con qué pagar y como no quería provocar un escándalo que pudiera delatarle, llamó cor la mano al propietario.

—¿Quiere repetir? —preguntó éste.

—He de pagarle, ¿verdad?

—Hombre, claro.

—Pues, me temo que no podré pagarle hasta mañana.

—¿Mañana? Oiga, ¿quiere burlarse de mí? Si no me paga, llamo a la guardia.

—Veamos, ¿hay algún trabajo que yo pueda hacerle a cambio de lo que me ha dado?

—¿Trabajo?

—Sí, derribar algo, hacer algún agujero, no sé.

—Si me haces un pozo en el patio, no te cobro nada.

—¿Un pozo?

—Sí, un pozo. No nos dejan coger agua del lago y la que nos traen es malísima. —Se echó a reír, estentóreo—. Mejor llamo a los guardias.

—Espere, amigo... ¿Dónde hay que abrir el pozo?

—¿Lo dices en serio?

—Claro.

—Eh, muchachos, este tipo está loco, no sé de dónde ha salido pero está loco. Quiere abrir un pozo y parece no saber que esta ciudad está edificada sobre roca.

Noi insistió:

—Dígame dónde.

—Ven conmigo.

Le siguió sin olvidarse de su petate. Entonces, los otros clientes se percataron de la elevada estatura de Noi.

Llegó a un patio amplio lleno de cajas, un lugar sucio donde merodeaban las ratas.

—Anda, haz aquí un pozo. —Señaló el sitio con el pie.

Noi puso una caja de cervezas sobre el lugar señalado. Miró en derredor y se dirigió a una escalera que subía al piso.

—¿A donde vas? —inquirió el patrón del bar.

Abrió el petate, sacó su fusil y exigió:

—¡Apartaos!

Apuntó con el fusil politronic sobre la caja e inició el disparo fundente con aumento progresivo.

Todo se asustaron.

Una oleada de intenso calor les envolvió mientras la roca se fundía y comenzaba a ser perforada.

Todos quedaron casi despavoridos ante aquel dardo que horadaba la roca hasta que, de pronto, brotó una nube de vapor. En aquel momento, Noi dejó de oprimir el botón-gatillo y guardó el fusil politronic en el petate.

—Ya tiene su pozo.

—¿Quién eres tú? —balbuceó el patrón, tembloroso.

Noi abandonó aquel lugar cuando ya corría hacia allí una patrulla de guardias para ver lo que había ocurrido pues, a distancia, se había visto la humareda y la nube de vapor que delataba la presencia del agua.

Noi escapó de aquella situación, pues le iba a ser muy difícil explicar al patrón del bar cómo había hecho aquel agujero en el suelo rocoso hasta encontrar agua.

Caía la noche y la oscuridad, la llegada de las sombras, le ayudó a pasar desapercibido.

Se dirigió al lago que quedaba separado de la ciudad por amplios jardines que al anochecer veían cerradas sus puertas. Dentro vigilaban varias patrullas de guardias.

Noi trepó por la reja y la saltó, escondiéndose entre árboles y arbustos.

No se permitía que la población se acercara a las orillas del lago. Así se evitaba que rebeldes y descontentos trataran de llegar a las instalaciones de palacio que estaban al otro lado del lago, en su mejor localización por la iluminación del sol y la entrada de aguas nuevas.

De aquellos jardines a los del palacio y el templo, que estaba junto a éste, había de siete a diez kilómetros de agua. Se sabía que algunos hombres esforzados habían logrado salvar a nado esa distancia, y tres reinas habían sufrido atentados por parte de esos rebeldes que querían terminar con aquella monarquía matriarcal que sólo parecía servir a los intereses de los dioses alien.

Noi sabía que no debía ser descubierto, pues la guardia de palacio y también los guerreros warman tratarían de capturarlo. Aquel planeta debía ser considerado propiedad de los alien, quienes sometían al pueblo win para que éste trabajara para ellos, proveyéndoles de metales y de cuantas materias precisaran y encima, exigían ser adorados.

Escondido, contemplando las brillantes aguas del lago iluminadas por las dos lunas que se hallaban muy cerca una de otra, Noi dejó pasar el tiempo para que la ciudad durmiera.

Abrió la bolsa y de ella sacó sus armas. También extrajo el pequeño autopropulsor que sujetó a su espalda mediante correas.

El propulsor autónomo era silencioso y no despedía ninguna luz o destello, por lo que Noi se elevó con facilidad. Tomó la horizontalidad sobre las copas de los árboles. Vio a dos patrullas de guardias que custodiaban el parque impidiendo que nadie se acercara a las aguas del lago.

Noi sobrevoló el lago, a una veintena de metros por encima de las aguas. Divisó con más claridad las siluetas del palacio y el templo que dominaba el lago. En realidad, lo dominaba todo, pues era mayor que el propio palacio real.

El gabinete real hada todo lo posible para que el pueblo win creyera ciegamente en el poder de los dioses alien y se consideraran siervos de ellos. Se premiaba a cuantos se destacaran en su fe por los alien y absoluto sometimiento.

El que no hubiera aparatos que pudieran volar en el planeta Win, hizo suponer a Noi que no tendrían detectores aéreos y él podría llegar con toda tranquilidad; sin embargo, cuando arribó a su palacio, fue visto por dos guardias que quedaron muy perplejos al ver volar a un hombre, pues era evidente que no se trataba de ningún tipo de pájaro ya que carecía de alas.

Noi aterrizó sobre una ancha y alta terraza para poder internarse en el palacio desde arriba. Buscó un rincón detrás de una estatua que estaba pegada a la pared y allí dejó el propulsor autónomo.

Con el fusil politronic entre las manos y la pistola polivalente colgada del cinto, se internó en palacio. Aquel lugar era un laberinto desconocido; sin embargo, se dejó guiar por su intuición.

La cámara de la reina debía estar en un lugar inaccesible, aislado y bello a la vez.

Descubrió a guardias ricamente vestidos con uniformes dorados y armados con lanzas y espadas cortas. Noi los evitó hasta que observó que la reina debía hallarse en unas dependencias en las que abundaban los guardias.

Como era imposible pasar por allí sin ser visto, regresó a la terraza.

Recuperó su autopropulsor y gracias a él, rebasó la altura que le separaba de otra terraza más pequeña e inaccesible desde la que se dominaba el lago, el templo y la ciudad a lo lejos, una ciudad que apenas tenía luces durante la noche

Buscó un sitio apropiado para esconder de nuevo el autopropulsor, y en esta ocasión, también dejó su fusil politronic, pues pensó que iba a dar una sensación demasiado belicista.

Se internó en la gran estancia que ya no le cupo duda alguna era la cámara real. Una amplia cama blanca, mármoles, maderas finas, pieles, incluso abundancia de pedrería en un gran mural que había en el cabezal de la cama y en el que Noi identificó como una nave espacial de la que brotaban seres que iban vestidos con inequívocos trajes espaciales. Llevaban una gran corona áurea que entregaban a una mujer de rostro indefinido que se situaba sobre una gran multitud de seres que Noi dedujo simbolizaban al pueblo win.

Se fijó inmediatamente en la bellísima mujer que dormía en la cama.

El cabello azul verdoso, en una tonalidad clara, se esparcía sobre la almohada. Noi no recordaba haber visto un rostro tan hermoso como el de aquella mujer.

Se le acercó.

El cuerpo quedaba silueteado bajo las ropas.

Percatándose a pesar del sueño de que alguien estaba cerca de ella, observándola con mucha fijeza, la reina Xala se despertó y sus grandes y maravillosos ojos se fijaron en el hombre que estaba junto a ella, lo que sin duda alguna era un sacrilegio, pues en aquella cámara, después de su construcción, jamás había entrado un hombre.

—No grites, no he venido a hacerte daño. Si gritas y acude la guardia, me veré obligado a exterminarlos y yo no deseo matar a nadie de tu pueblo.

La joven y bella reina Xala ahogó el gritó de sorpresa. Se dominó, fijó más su atención en el extraño que la había sorprendido en sueños y le preguntó:

—¿Cómo has podido entrar?

—Estoy aquí y es suficiente. Quiero hablar contigo, se lo dije al ingeniero Markio.

—¿Tú eres ese supuesto dios del que me han hablado?

—Yo soy tu dios como los alien.

—¿Qué quieres de mí?

—Hablarte.

—Por estar aquí en mi cámara, serás condenado a muerte y yo seré destituida como reina y entregada como sacrificio a los dioses alien.

—Si tú no dices a nadie que yo he estado aquí, yo - tampoco lo diré, pero no acabo de entender eso de que a ti te destituyan. Comprendo que a un extraño puedan capturarlo e incluso ejecutarlo por violar la cámara j real, pero no que tú puedas dejar de ser reina.

—Las reinas de Win no han de conocer jamás a hombre alguno, y cuando digo «conocer», tú ya comprenderás a qué me refiero.

—Si la reina no puede aparejarse sexualmente con hombre alguno, ¿cómo os reproducís para que haya nuevas reinas? Porque creo que aquí una reina sucede a otra y jamás hay rey.

—La reina ha de ser siempre pura, así lo exigen los j dioses para que el tiempo que dura su reinado sea la suma sacerdotisa del templo consagrado a los dioses alien.

—Entonces, ¿la reina que te precedió no era tu i madre?

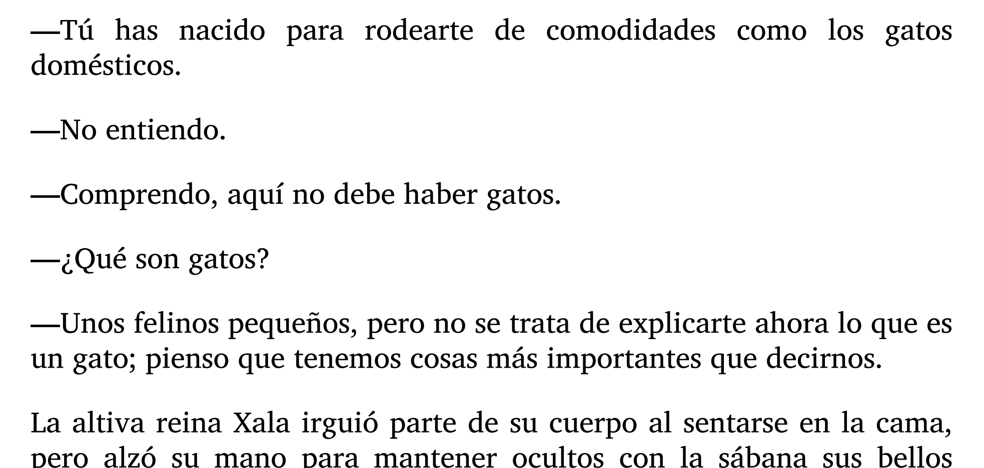
—No, era la hermana de mi madre —puntualizó—. | La reina siempre se elige entre las sobrinas de la reina. I Por eso, las hermanas de las reinas tienen muchos hijos. Se apartan los varones, las hijas se convierten en I doncellas de palacio y de entre ellas se elige la reina que sucede a la que muere o que es destituida por algún caso grave.

—Hum, entiendo, y me parece qua a ti te gusta ser reina.

—Nací para serlo.

—Yo creo que no.

—¿Cómo te atreves a decirme tal cosa, extranjero? Haré que corten tu cabeza y la pongan dentro de una jaula para exhibirla al pueblo.



—Tú has nacido para rodearte de comodidades como los gatos domésticos.

—No entiendo.

—Comprendo, aquí no debe haber gatos.

—¿Qué son gatos?

—Unos felinos pequeños, pero no se trata de explicarte ahora lo que es un gato; pienso que tenemos cosas más importantes que decirnos.

La altiva reina Xala irguió parte de su cuerpo al sentarse en la cama, pero alzó su mano para mantener ocultos con la sábana sus bellos senos.

—Yo no tengo nada que tratar contigo. Si no te vas, llamaré a la guardia y te cortarán la cabeza.

—Como has dicho tú antes, saldrías perjudicada, perderías tu corona de reina. En cambio, yo estoy armado y no creo que unos guardias con espadas y lanzas pudieran arrestarme.

—¿De verdad tienes poderes como los alien?

—Yo pertenezco a un planeta lejano, muy lejano, que gira en torno a una estrella que te sería difícil distinguir entre las otras estrellas.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—En una cosmonave, como supongo han hecho los alien.

—Los alien son dioses —puntualizó ella con energía.

—Tan dioses como yo. ¿Quieres que haga estallar tu palacio o prefieres que derruya el templo que está aquí al lado?

—¿Quieres decir que tú solo podrías hacerlo?

—Si deseas una demostración, echaré abajo el templo y tu palacio; pero si lo deseas, me mantendré discreto hasta el día de la ceremonia que ofrecéis a los alien, vuestros amos.

—¿Qué es lo que deseas?

—Contactar con los alien, creo conocerlos.

—¿Te conocen ellos a ti?

—Posiblemente. Cuando nos veamos las caras, ambos lo sabremos. De todos modos, quiero decirte que debéis derribar a estos dioses que os someten en su propio beneficio y, lo que es peor, frenan vuestro avance en la civilización.

—Ellos nos protegen —replicó ella.

—Opino todo lo contrario.

—Tú piensas como los rebeldes.

—Quizás. He visto a tu pueblo y es triste. Sí, es un pueblo triste, oprimido y esclavizado, un pueblo sin futuro. Los alien os han convertido en sus esclavos sin que os deis cuenta. Os han impuesto una religión falsa, unos dioses falsos, toda una pantalla para que no veáis más lejos, para que no veáis vuestro propio destino, un destino del que sólo vosotros debéis ser dueños. Tenéis que derribar el templo dedicado a los alien y hacerlo vosotros mismos.

—Eso es imposible, son dioses y me protegen.

—Te protegen a ti, que vives con todas las comodidades y lujos, pero someten al pueblo win. Tú deberías | arrojar la corona al templo y pedir a tu pueblo que demoliera ese templo.

—El pueblo win vive así desde muchas generaciones y todo seguirá como siempre.

—Eres una egoísta.

—¿Cómo te atreves?

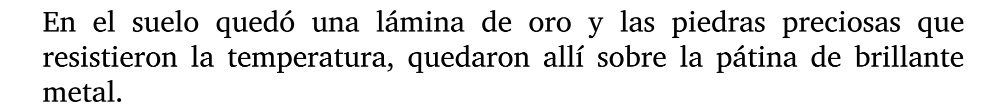
—Si tú no arrojas esa corona que te convierte en reina —miró la corona que se hallaba sobre el dosel de la cama—, la arrojaré yo.

—¡No te atreverás jamás!

—Te equivocas.

Se acercó más a la cama, alargó su brazo y cogió la corona de reina.

La arrojó al suelo ante la mirada atónita de Xala. Desenfundó su pistola polivalente, graduó el disco con el pulgar derecho y disparó después sobre la corona que se fundió.



En el suelo quedó una lámina de oro y las piedras preciosas que resistieron la temperatura, quedaron allí sobre la pátina de brillante metal.

—Ahí tienes tu corona.

—¡Te haré matar por esto! —le gritó.

—Si gritas mucho, entrará la guardia y tendré que hacer con ellos lo mismo que con tu corona, y, la verdad, no tengo ganas de matar a unos perros aunque sean tuyos.

—No sé quién eres, pero serás castigado por eso.

—¿Sí, y quién me va a castigar, tú?

—Si mis guardias no tienen poderes suficientes con sus armas, lo harán los guerreros warman.

—Tengo deseos de enfrentarme a esos esbirros armados, pero no hay prisa, antes quiero contactar con los alien, y creo que tú eres la única que puede hacer que ese contacto se produzca.

—Yo no haré otra cosa por ti que castigarte, soy la reina.

—Muy bien, eres la reina.

Noi se acercó más a ella hasta que alargó el brazo y la tomó por la cintura, dejándose caer sentado sobre la cama. Ella trató de librarse de él, pero el brazo nervudo y musculado del hombre no aflojó su presión.

—Si yo quisiera ahora poseer tu cuerpo, tú no podías impedirlo y automáticamente dejarías de ser reina.

—Canalla.

—No temas. Si algún día he de yacer contigo, será con tu consentimiento.

—¡Jamás!

—Es posible que ames más a tu trono que a otra cosa del mundo y es posible que esa otra cosa sea tu propia felicidad.

—Yo no tengo más felicidad que reinar sobre mi pueblo.

—Tú no reinas sobre tu pueblo, eres un personaje de paja.

—¿Qué?

—Quiero decir que no eres tú quien reina sobre el pueblo win.

—¿Ah, no, quién, entonces?

—Son esos extraños que vinieron de otros sistemas estelares quienes reinan. Tú sólo eres la imagen que i ellos ofrecen a tu pueblo para mantenerlo engañado.

—Nadie engaña al pueblo win —replicó furiosa tratando de zafarse de nuevo del brazo de Noi que la sujetaba contra sí.

—Tú lo engañas y si no te das cuenta es que además de egoísta eres estúpida. El pueblo win hace lo que los alien exigen aunque las órdenes salgan de tu boca o de tu gabinete ministerial. Dime, ¿cómo te comunicas con los alien? ¿A través de las grandes ceremonias del templo, o esas ceremonias sólo son como fuegos artificiales para mantener engañado al pueblo win?

—¡Te odio, te odio!

No la soltó.

—Para vivir como reina mantienes a tu pueblo aplastado, impidiendo además el avance de vuestra civilización, porque si avanzarais, podríais rebelaros mejor contra los alien que explotan vuestro planeta aunque ellos se mantengan a distancia. Deberías ser valiente y abolir tú misma esta monarquía matriarcal opresora para convertir a tu civilización en una democracia donde el pueblo escogiera a sus mejores hombres y mujeres para gobernar y seguir adelante en vuestra marcha hacia un destino mejor que el que está condenado a soportar ahora.

—Tú eres un aliado de los rebeldes y serás ejecutado por ello.

—Tú no estás al lado de tu pueblo, tú estás al lado de los alien que te dejan vivir con tanto lujo en este palacio, claro que por el montaje de esa religión que se han inventado, te prohíben que disfrutes el gozo de yacer con un hombre como yo.

Xala abofeteó con rapidez el rostro de Noi. La ira relampagueaba en sus ojos verde claros.

Noi volvió a cogerla por la cintura. La atrajo hacia sí casi con violencia y puso sus labios sobre los de ella. Xala quiso apartarse de él como si se estuviera quemando, pero Noi la mantuvo contra sí y prolongó el beso hasta que notó que ella cedía en su rechazo y terminaba por dejar que sus labios fueran acariciados por los del hombre.

Cuando Noi consideró que la caricia había llegado a su fin, soltó a la reina Xala y la empujó hacia atrás en su lecho.

—Mañana volveré aquí y tú me dirás cómo contactar con los alien. Te advierto que vendré armado y si alguien trata de capturarme, me defenderé a vida y muerte. Soy un miliciano espacial y estoy acostumbrado a luchar.

La reina Xala le vio alejarse hacia la terraza y luego desaparecer.

El pecho de la bellísima Xala estaba agitado, se sentía llena de odio, de rabia y al mismo tiempo, desconcertada consigo misma.

Jamás hombre alguno había tocado antes sus labios 1 y menos con su propia boca. Se pasó lentamente el j dorso de la mano por la boca. ¿Qué había puesto él allí en sus labios que le ardían de forma tal que parecía que fueran a fundirse como le había ocurrido a su j corona de reina?

CAPITULO VII

El comandante en jefe de los guerreros warman se presentó aquella mañana en el despacho de la reina Xala, junto a la sala del consejo del gabinete real donde ya aguardaban todos los ministros.

El oficial de los guerreros warman, que carecía de nombre lo mismo que todos los guerreros warman, pues se les identificaba por su jerarquía y por unos guarismos que llevaban en sus ropas, iba protegido por cuatro warman armados.

Los guardias reales se hicieron a un lado Temían a los guerreros warman que iban mucho mejor armados que ellos.

—¡Majestad!

—Comandante, sabéis que tenéis que pedir permiso para entrar.

—Yo no pido permiso jamás, ésas son mis órdenes.

La reina Xala se mordió levemente los labios. No había podido olvidar las palabras del extraño Noi, ella que antes jamás había meditado acerca de la presencia de los warman y la forma conque se gobernaba al pueblo win.

—¿Qué queréis?

—¿Dónde está el extranjero del espacio?

—¿El extranjero del espacio? —repitió, como dando a entender que no sabía de qué le hablaban.

—El ser que llegó en la caja metálica. Sabemos que está en palacio.

—¿Ah, sí? ¿Y qué habéis hecho que todavía no está capturado y preso en las mazmorras?

Xala había conseguido dar la vuelta por unos instantes a la situación.

—El extranjero espacial no es un win cualquiera.

—Sí, eso creo que es verdad —admitió la joven reina que permanecía frente a su mesa escritorio sobre la que apenas había nada.

—El extranjero del espacio no está en la caja metálica, nos ha engañado a todos.

—¿Y cómo os dejáis engañar vosotros, que sois los mejores guerreros que han pisado este planeta?

El comandante en jefe de los guerreros warman no parecía asimilar la ironía ni el sarcasmo.

—El extranjero del espacio estuvo en la ciudad, hizo un agujero en el suelo rocoso.

—¿Para esconderse?

—No, majestad, hizo un pozo para sacar agua.

—Qué extraño, ¿no?

—Eso nos parece a todos. Están arrestados todos los que le vieron, incluido el propietario del bar donde se abrió el pozo. Les estamos interrogando.

—Y luego, ¿qué haréis con ellos?

—Han ayudado a un enemigo del pueblo win, por tanto serán condenados a las minas. Vuestro ministro de justicia se encargará de ello.

—Ya, el ministro de justicia firmará lo que vosotros le digáis, ¿no es eso?

—Como siempre, majestad.

—Comprendo —admitió, molesta, como dándose cuenta que todo no era tan limpio y bonito como habia creído en su ambición por conseguir aquel lujo.

Después, al verse rodeada de él, le había impedido ver la realidad. Cuando ella creía que estaba haciendo un bien a los suyos, sólo hacía que cooperar en que su esclavitud continuara.

—El extranjero del espacio fue visto volando por encima del lago y llegando a este palacio. ¿Dónde está ahora?

—Comandante, no voy a responderle a más preguntas. Hablaré directamente con los dioses.

—Yo os acompañaré —dijo el comandante de los warman.

La joven reina sabía que no podía evitar su compañía. Abandonó su mesa escritorio y se dirigió a la sala de consejos. Todos los ministros que aguardaban allí puestos en pie inclinaron sus cuerpos ante su presencia.

—Comiencen las deliberaciones. En mi ausencia, Handok presidirá el consejo. No salgan de aquí hasta que yo regrese, voy a consultar a los dioses. Preciso su buena disposición antes de que llegue el día de la gran ceremonia en el templo que es pasado mañana.

Nadie dijo nada.

Xala, acompañada por el comandante de los warman y escoltada por los cuatro guerreros armados, abandonó la sala.

Se dirigió a un ascensor, entraron en él y éste comenzó a descender.

Xala viose rodeada por aquellos seres que ocultaban sus rostros bajo los atemorizantes yelmos, con sus trajes de batalla y fuertemente armados. Allí no había ningún win más que ella y por primera vez tuvo la sensación de que estaba prisionera y de que el extranjero del espacio, como los guerreros warman habían dado en llamar a Noi, tenía razón en cuanto le había dicho.

Llegaron al sótano del palacio, a una sala que se abría frente a una galería.

Allí había otros dos guerreros warman vigilando y una especie de vagones que pendían de un raíl sujeto al techo.

Dos warman subieron en los asientos delanteros. Detrás se acomodó la reina Xala, a continuación el comandante en jefe de la guardia y dos guerreros más.

Por el túnel subterráneo llegaron a los sótanos del gran templo dedicado a los dioses alien.

Una puerta de bronce, con un espesor de tres palmos, se abrió ante ellos. Al otro lado aparecieron complicadísimos paneles de luces.

Allí no había nadie que vigilara la sofisticada maquinaria electrónica, todo parecía funcionar solo. La reina Xala se situó frente a un gran espejo en el que se vio reflejada. Alrededor del espejo oval había decenas de ojos electrónicos que parecían espiarla.

Xala se inclinó como señal de adoración sobre una circunferencia blanca de mármol purísimo en la que le habían enseñado debía colocarse.

—Estoy aquí. Soy Xala, la reina de los win. Dioses de las estrellas, acudid a mí, acudid a mí, tengo que hablaros.

La pantalla dejó de ser un espejo y en ella aparecieron tres seres algo distintos a Xala. Eran más delgados, tenían los cabellos rubioalbinos y los ojos, gris azulados. Vestían de color azul oscuro y llevaban muchas condecoraciones sobre sus respectivos pechos.

—Acudimos a tu llamada, reina Xala. ¿Qué deseas de nosotros? ¿Qué ocurre para que tu impaciencia te haya traído hasta aquí, cuando tan cerca están las grandes ceremonias que tú y tu pueblo nos vais a dedicar?

—Ha llegado un extraño que dice venir de las estrellas como vosotros.

—Tenemos noticias de ello —replicó el alien que estaba en el centro del grupo de tres que se parapetaba tras una mesa. A su espalda, en un panel, había el signo de los dos cometas convergentes, y las colas de los cometas semejaban las dos alas de una extraña nave espacial.

—Dice llamarse Noi y pertenece a un lugar llamado Democracias Confederadas Interestelares.

—¿Y qué más? —inquirió el que parecía mandar entre los tres alien.

—Lleva un escudo de fondo áureo con cuatro cintas rojas en el pecho.

—Los warman lo están buscando —dijo uno de los alien.

La reina Xala miró al comandante en jefe de los guerreros warman. No cabía duda de que él ya se había puesto en contacto con sus amos a quienes debían sumisión completa.

—Me encontró.

—¿Dónde?

—En la terraza de mi alcoba real —dijo Xala, evitando decir que había sido sorprendida en la cama.

—¿Y qué ocurrió?

Xala prosiguió con su explicación.

—Me dijo que quería entrevistarse con vosotros.

—¿Qué más te dijo?

—Insistió en esta entrevista.

—¿Y tú qué le respondiste? —preguntó otro de los alien.

—Que era decisión de los dioses hablarle o no, pero él me dijo que esta noche regresaría para conocer la respuesta. Ese ser llegado del espacio como vosotros, vuela y mi guardia no puede nada contra él, es poderoso.

—Está bien, reina Xala. Esta noche, cuando vuelva a visitarte, tráelo aquí y hablaremos con él. Veremos si de verdad es un dios como nosotros o no.

Uno de los tres alien puntualizó entonces:

—Que nadie de tu pueblo se acerque al extranjero del espacio.

—El extranjero fue traído hasta aquí por varios | hombres win desde el polo.

—No hay cuidado —intervino el comandante de los guerreros warman —. Esos hombres win están encerrados en las mazmorras de seguridad de palacio.

—¿Por qué los habéis encerrado? Ellos no han hecho nada malo —les increpó la reina, molesta—. Ellos vinieron a avisarme de inmediato del hallazgo del' extraño. 1

El jefe de los alien (que se parecía mucho a los otros ’ dos y sólo se le podía diferenciar por la cantidad de condecoraciones que lucía) puntualizó:

—El comandante sabe muy bien lo que tiene que hacer.

Xala se sintió desautorizada.

Por primera vez, comprendió que su mando era más ficticio que real. ¿Cómo el extranjero del espacio, en pocos días, había podido darse cuenta de lo que ella había ignorado durante toda su vida?

—Si no pones en libertad a los hombres win que trajeron al extraño hasta el palacio real, yo no aceptaré jamás la presencia del comandante en jefe de los warman cerca de mí. ·

Los tres alien se percataron del súbito cambio de actitud de la joven. Xala se erguía altiva como una verdadera reina y desde que los alien instauraran aquel sistema de gobierno de monarquía matriarcal, impidiendo así que ningún hombre win tuviera el poder para que no pudiera rebelárseles, ninguna de las reinas se les había enfrentado como lo estaba haciendo Xala.

Tampoco se permitía que las reinas se casaran para que la presencia de un hombre a su lado no las indujera a la rebeldía. Ese era el motivo por el cual se les exigía la castidad total y para ello, nada mejor que convertir a las reinas en sumas sacerdotisas.

—Esos prisioneros serán puestos en libertad después de la gran ceremonia en el templo. Posiblemente sean agitadores y no sería bueno soltarlos antes de las ceremonias religiosas que debéis dedicarnos.

Los dioses alien habían dicho su última palabra. La reina Xala lo entendió así y tuvo que someterse. Inclinó la cabeza como se le había enseñado que debía hacer, pues si ella era la reina de los win, los dioses estaban por encima de ella.

CAPITULO VIII

—Debimos esperar esto —se lamentó el ingeniero Markio dentro de la celda en que se hallaban, él y los otros cinco hombres que habían trabajado a sus órdenes en los polos.

—Los warman quieren atrapar al extranjero como sea —dijo uno de los cuatro especialistas que lo único que habían hecho era obedecer a sus superiores.

—Volverán a interrogarnos —se quejó el ingeniero j Markio.

—¿Qué podemos decir que no sepan ya? —preguntó uno de los cuatro especialistas.

—Nada, pero yo confiaba en el extranjero.

—No nos sacarán nada —manifestó otro.

Tandro se acercó al oído del ingeniero Markio. Casi i en tono de cuchicheo, le dijo:

—Conseguí pasar una nota.

—¿A quién?

—A un guardia.

—¿A un guardia? ¿Estás loco?

—No, no estoy loco. Es el hijo de un amigo mío, le he reconocido y sé que no nos traicionará.

—¿Y qué le has dicho en la nota?

—Que el día de la gran ceremonia, puede ser el día de la rebelión.

—Es una tontería, Tandro, ¿qué digo? Una auténtica locura. Habrá una matanza, no podemos nada contra los guerreros warman.

—Yo sé que hay mucha gente dispuesta a rebelarse contra los dioses.

—Es imposible.

—Noi nos ayudará.

—¿Cómo? Es un solo ser. ¿Qué puede él contra todos los warman? Además, están los dioses.

—Si no luchamos, jamás nos liberaremos de ellos.

—Morirá mucha gente.

—Hay que luchar, aunque tuviéramos que morir todos.

Markio se llevó las manos al rostro con un gesto de infinita preocupación.

—Tienes razón, Tandro —admitió— pero tengo miedo y no por mí. Yo podría morir ahora mismo, no me importa, pero hay mujeres y niños.

—Mejor muertos que esclavos para toda su vida, ellos y los hijos que tengan en el futuro.

El ingeniero Markio miró directamente a los ojos del capataz Tandro y le preguntó:

—Perteneces a la resistencia activa, ¿verdad?

—Sí —admitió Tandro.

—¿Y por qué no marchaste a las montañas?

—Porque se ha demostrado que la resistencia en las montañas es poco eficaz. Da la libertad a los que consiguen escaparse si no son encontrados, pero no es suficiente para combatir.

—Yo nunca he estado conforme con este sistema, con los dioses alien que se llevan el sudor de nuestro pueblo y los minerales de nuestras tierras a cambio de que les adoremos y de que sigamos sus leyes ciegamente, con fe como dicen ellos.

—Lo sé, ingeniero, sé que no es uno de los nuestros, pero que está con nosotros.

—¿Y cómo pretendéis luchar, con las manos?

—Estamos fabricando armas.

Al ingeniero se le agrandaron los ojos.

—¿Armas?

—Sí, primarias, lo admito, pero no lucharemos con * las manos vacías cuando llegue el día de la gran | rebelión.

—¿Qué tipo de armas?

—No puedo decirlo, compréndalo, podrían torturarlo a usted y hacerlo hablar. Hay mucha gente que tiene miedo todavía, otros creen que viven en el paraíso y que siempre ha sido así, pero si unos cuantos luchan con fiereza, es posible que arrastren a otros muchos. I

—Ha habido intentos de rebelión en otras épocas, | antes de que naciera mi padre, fíjate si te hablo de tiempo, y todos han sido aplastados. El pueblo prefiere vivir esclavizado a suicidarse.

—Quizás el pueblo reaccione algún día cuando vea I que un puñado de hombres y mujeres lucha por la libertad hasta morir.

—Te comprendo y sabes que comparto contigo la rebeldía contra el sistema que nos oprime, pero ¿crees que será el momento para la lucha?

—Yo confío en Noi, él tiene los mismo poderes que los alien.

—¿Estás seguro? Los alien poseen naves voladoras que saltan más allá de nuestra atmósfera. Ya sabes que cuando recogen los minerales purificados y los suministros alimenticios llegan con grandes naves que luego se elevan hacia el cielo hasta desaparecer. ¿Tiene Noi una nave de ese tipo?

—Lo ignoro.

—Sólo tiene la caja metálica y eso no puede volar.

—No sé qué ocurrirá. Estamos confiando mucho en un desconocido que al final puede resultar muy parecido a los alien.

—No, Noi no es como los alien, estoy seguro de ello —replicó con seguridad en sus palabras.

* * *

Cuando llegó la noche de aquel día en el que había creído ver las cosas más claras que nunca, Xala estaba impaciente.

Había adquirido conciencia de que el pueblo win vi vía sometido a los alien, pero éstos eran dioses y no se les podía contrariar, había que someterse a ellos, y así pensaban la mayoría en aquel planeta,

especialmente los que tenían cargos importantes en el gobierno.

Llevaba poco tiempo de reina, pero jamás había visto a los alien tan tajantes e irritados como en aquella ocasión.

Se aseguró de que en los corredores que conducían a su alcoba no hubiera guerreros warman, y dio orden al jefe de la guardia de que le avisaran inmediatamente si aparecían los warman cerca de su alcoba.

Xala sabía que no podía hacer nada más, pues la guardia real jamás se había enfrentado a los guerreros warman. De hacerlo, habrían encontrado la muerte. Hubiera sido un suicidio sin posibilidades de salvación.

—Además, quiero un pelotón de la guardia frente a mi alcoba, un pelotón que me dará escolta en cualquier® momento que lo requiera.

—Serán cumplidas sus órdenes, majestad —le respondió el jefe de la guardia.

Xala añadió:

—Exijo la máxima discreción.

Dejando la guardia real custodiando su puerta, único acceso aparente que tenía la alcoba real, la reina Xala se fue hacia la terraza.

Esperaba ansiosa la aparición del extranjero del espacio, aquel hombre alto, de rostro noble, cabellos castaño cobrizos y mirada limpia.

Un hombre que se había atrevido a dominarla, a besarla, lo que constituía un sacrilegio condenable con la máxima pena, puesto que no sólo era la reina de los win sino también la suprema sacerdotisa, el único ser perteneciente a la civilización win que contactaba directamente con los dioses alien y transmitía las órdenes de éstos al pueblo sometido, bien directamente como una orden real o a través de su gabinete ministerial.

El extranjero espacial, al cual odiaba, la había sufrir de impaciencia. Al recordarlo, le quemaban los labios, se le erguían los pezones de sus bellos y turgentes pechos, unos pechos condenados a la esterilidad por razón de su cargo de suprema sacerdotisa y reina, pechos que, sin embargo, reclamaban la presencia de Noi, el contacto ardiente de sus dedos, de sus labios.

Xala sabía muy poco del amor, pero la proximidad del extranjero la

turbaba, sus ideas se confundían. Sus instintos, sus sentimientos, se anteponían a su racionalidad, a sus deberes, a todo aquello que se le había impuesto, incluidas las creencias.

Noi se elevaba por encima de todo y de todos, aunque ella pretendiera dominarse a sí misma y rechazar violentamente a aquel desconocido llegado del espacio y que pretendía ser tan dios como los propios alien.

Estaba sumida en un mar de confusiones y se temía a sí misma porque recordaba la noche anterior y pese a su altivez, a su arrogancia, a su rígida educación, al protocolo que se le había enseñado desde la infancia, deseaba que Noi la dominara todavía más.

Pasaron las horas y el extranjero del espacio no llegaba.

Comenzó a sentir de nuevo odio hacia él. Temió haber sido burlada, que le hubiera mentido. Estaba junto a la baranda de la terraza por donde no podía subir nadie debido a la pared que allí había, pues, además, la terraza salía en voladizo, cuando escuchó un ruido a su espalda.

Se volvió, sobresaltada y ansiosa, y se encontró el rostro de Noi que le sonreía irónicamente.

—Ya estoy aquí. ¿Creías que no iba a venir?

—Has tardado mucho.

—Debía tomar mis precauciones. Podías haber preparado una trampa para mí.

—Yo no traiciono a nadie.

—Soy un extraño para ti. De haber dispuesto mi captura, no habría sido una traición, máxime después de todo el odio que aseguraste tener contra mí.

—Tu comportamiento lo merecía. Ahora, entremos en mi alcoba real, te llevaré a presencia de los dioses alien como deseas.

Noi anduvo a su lado.

Había llegado el momento de encontrarse con seres avanzados, capaces de viajar por los espacios interestelares, pero sabía que los alien eran codiciosos y peligrosos e ignoraba el comportamiento que

iban a tener en cuanto se enfrentara a ellos. Noi iba armado; si le atacaban, se defendería.

CAPITULO IX

No apareció ningún warman en el recorrido hasta la sala en la que sólo las reinas habían entrado. Ningún varón de la civilización win había estado allí, el primer hombre era el extraño del espacio como seguían llamando a Noi.

—Quedaos aquí —ordenó la reina a la guardia.

Entraron en la gran cámara donde se recibían los mensajes de los dioses alien.

Noi se percató inmediatamente de todos los sistemas electrónicos allí montados. Era una sala de emisión y recepción automática de televisión y otros sistemas. Los sensores luminosos brillaron y cambiaron de colorido. Al poco, se encendía la pantalla frente a la cual se iba a inclinar la joven reina, pero Noi la cogió por el brazo, impidiéndoselo.

—Espera, no tengas prisa por someterte a los alien.

Los tres alien aparecían en pantalla, rubio albinos, de fríos ojos gris azulados y con guerreras azules repletas de condecoraciones.

—Reina Xala, no es bueno que te dejes manejar por un extranjero que ha llegado del espacio —le dijo el que parecía el jefe de los alien.

—De modo que vosotros sois los alien, ¿eh? —gruñó Noi.

—¿De dónde vienes? —inquirió uno de los tres alien.

—De una estrella que supongo lejana de donde estoy ahora; pero no he venido hasta aquí para que me interroguéis.

—¿A qué has venido, entonces?

—Quería saber si podía contactar con seres de una ciencia y una tecnología superior a la de la civilización win.

—¿Quieres decir una ciencia y una tecnología parecida a la tuya?

—Así es —dijo Noi.

—Está bien. Podemos recogerte en un punto del planeta que

previamente acordaremos y vendrás a nuestra cosmonave.

Mirándoles de frente, como si en vez de hallarse ante una gran pantalla estuviera delante de los tres altos jefes militares de los alien, replicó:

—Creo que es mejor no citarme con vosotros en parte alguna.

—¿Por qué no, temes algo? —inquirió el jefe de los alien.

—Sí. En este planeta os consideran dioses porque sois superiores en ciencia y tecnología y podéis conseguir cosas que los win están muy lejos de soñar siquiera y lo que es peor, poseéis la capacidad de matar a distancia y masivamente y los win apenas tienen espadas, garrotes y lanzas, los habéis mantenido en estado primitivo; pero yo, que os reconozco, sé que no sois dioses sino seres que usan de la esclavitud y la rapiña contra los planetas que incautamente caen en vuestras garras, y lo hacéis transgrediendo la Carta Magna Galáctica.

—¿Cómo te llamas, extranjero espacial? —inquirió el jefe de los alien.

—Mi nombre es Noi y pertenezco a las Democracias Confederadas Interestelares.

—Eso ya no existe —replicó despectivamente uno de los alien.

—Mentís. La confederación sigue existiendo porque es la alianza de varias civilizaciones democráticas. Además, habéis llegado aquí no sé desde cuándo, porque el tiempo no es igual para todos puesto que no es lo * mismo estar pegado a un planeta que viajar por el espacio a multi-hiper-mach-luz. Vosotros sois generales | del ejército imperialista alienoc.

El jefe de los alien inclinó su cabeza sobre la mesa. Pareció leer algo, y lo que leía no era otra cosa que una ficha personal.

Desvió luego su mirada hacia Noi y le habló directamente, con sequedad pero con mucha suficiencia.

—Tú eres Noi, capitán cosmonauta del ejército espacial de las Democracias Confederadas Interestelares.

—¿Tienes mi ficha personal en tu ordenador?

—Tú fuiste destruido en una batalla espacial —le dijo el jefe de los alien mientras Xala permanecía atenta al intercambio de palabras.

—Yo participé en la batalla de las estrellas binarias.

Mi cosmonave fue destruida, es cierto, pero pude escapar en una cápsula de supervivencia y aquí estoy.

—Sí, aquí estás, solo. Será mejor que entregues tus armas, considérate arrestado. Eres nuestro prisionero de guerra.

—Si queréis mis armas, venid a cogerlas. Para los win sois los dioses alien porque ellos son unos pobres infelices, pero yo sé luchar contra vosotros.

—Careces de cosmonave y eres un solo hombre; por tanto, no eres nada. Entrégate y serás bien tratado.

Noi sonrió sarcástico. Después, preguntó:

—¿En mi ficha personal de vuestro ordenador pone que en la batalla de las estrellas binarias yo destruí la gigantesca cosmonave insignia de vuestro ejército? Yo desintegré la cosmonave insignia con todos vuestros jefes generales dentro, yo os hice perder la batalla de las estrellas binarias —recalcó—. Lo que hicisteis después, lo ignoro. Supongo que tras ser derrotados en la gran batalla espacial escapasteis y deduzco que ahora estáis haciendo provisión de suministros de todas clases para conseguir de nuevo un ejército espacial capaz de enfrentarse al ejército de las Democracias Confederadas Interestelares, pero no lo lograréis porque seréis expulsados de todas partes por ladrones y esclavistas. Incluso, el pueblo win se va a rebelar contra vosotros.

—Por última vez, Noi, deja caer tus armas y entrégate. Eres nuestro prisionero de guerra, no tienes escapatoria ni posibilidad alguna de ser recogido por tus compañeros del espacio.

—Eso está por ver. Aún no había lanzado al espacio la señal de SOS para que vengan a recogerme porque intuía que vosotros me descubriríais, pero ya me da lo mismo, de modo que cuando mis compañeros vengan a recogerme, descubrirán vuestra presencia y seréis atacados y el pueblo win quedará libre de vuestras garras que succionan su sudor, su sangre y las riquezas de este planeta.

—Tú lo has querido, Noi —silabeó el jefe de los alien muy molesto. Después, tajante, ordenó—. Arrestadle, matadle si se resiste.

Se abrió una puerta al fondo de la sala y por ella comenzaron a aparecer guerreros warman, fuertemente armados.

—¡Es una trampa! —exclamó Xala, sorprendida también por la brusca aparición de los guerreros warman que parecían haber estado aguardando la orden de caer con sus armas sobre el extranjero espacial.

Noi tenía listo el fusil politronic y colocado a la mitad de su potencia, lo que significaba un poder destructor muy considerable a poca distancia.

En los primeros dos disparos, cuatro guerreros warman se volatilizaron llenando de chispas la cámara de ' los dioses.

—¡No son humanos, son androides! —gritó Noi que conocía muy bien aquel tipo de seres que le atacaban, j Para el pueblo win, los guerreros warman eran prácticamente invulnerables, unas máquinas de matar imparables.

—¡Matadlo! —gritó el general en jefe de los alienoc, conocidos entre el pueblo win como los dioses alien.

Noi volvió a disparar sobre los guerreros warman que disparaban a su vez y desintegró a tres más llenando la cámara de fuego y humo.

La joven reina Xala comenzó a vacilar, sus pulmones se llenaban de intoxicante humo y sus tímpanos parecían querer estallar, no estaba acostumbrada a la lucha, a las explosiones, al intenso y agobiante calor.

Noi volvió a disparar y lo hizo sobre la gran pantalla por la que los alienoc podían contactar directamente con las reinas de la civilización win.

Aquella ventana de comunicación estalló en grandes pedazos. El grueso cristal era invulnerable para las armas convencionales o las armas que pudieran llegar a conseguir los seres del pueblo win, pero el fusil politronic de Noi la convirtió en una montaña de gruesos cristales envueltos en un humo blanquecino, irritante.

—¡Vámonos de aquí! —gritó Noi mientras seguía disparando contra otros guerreros warman que trataban de alcanzarle sin conseguirlo.

La efectividad de Noi superaba a los guerreros warman que no eran otra cosa que androides soldados, máquinas de matar con aspecto humano.

El fuego del fusil politronic barrió las instalaciones electrónicas de

aquella especie de arca que debía comunicar a la reina con los dioses del espacio.

Cuando salieron de la gran cámara de los dioses, ésta quedaba llena de fuego y humo. Los guardianes que esperaban en la puerta miraron asombrados al extranjero espacial v a su reina, la cual les ordenó:

—¡Salgamos de aquí corriendo!

Abordaron los vehículos de traslado por los túneles subterráneos.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó la reina Xala.

—¿Dónde están el ingeniero Markio, Tandro y los otros que venían conmigo?

—En las mazmorras.

—¿Qué?

Mientras el vehículo circulaba rápido por el túnel de regreso a palacio, la reina Xala explicó:

—El comandante de los guerreros warman dio orden de encerrarlos por rebeldes y traidores.

—Llévame hasta ellos para rescatarlos.

—Imposible, no pueden escapar de palacio, hay demasiada guardia.

—¿No eres tú la reina?

—Sí, pero a mí sólo me obedece la guardia real. Los guerreros warman no son otra cosa que androides construidos para someteros y matar.

—¿Androides, qué son androides?

—Robots biónicos. Parecen humanos, pero son máquinas, perfectas pero máquinas. No son seres vivos y pensantes como tú y yo o como los mismísimos alien. Los androides salen de una fábrica y se les programa como se quiere. Ahora, llévame a las mazmorras, hay que rescatar a mis amigos.

No fue difícil acceder a las mazmorras de palacio, ya que habían llegado a sus entrañas a través del subterráneo. Escoltados por la guardia real que iba algo desconcertada pero con obediencia ciega a su reina, llegaron hasta los calabozos de alta seguridad donde había

guerreros warman vigilando.

Noi sorprendió a la guardia real disparando contra los guerreros warman, sin darles tiempo a nada, haciéndolos estallar y convirtiéndolos en una bola de fuego.

Se volvió luego hacia la guardia real e imperioso, dominante, ordenó:

—¡Abrid todas las celdas!

Los hombres de la guardia miraron a la reina y ésta asintió con la cabeza, confirmando la orden del extranjero espacial.

No salieron solo el ingeniero Markio, Tandro y los demás, sino varios cientos de win allí encerrados, hombres y mujeres que esperaban el día de su ejecución o el traslado a las peores minas del planeta donde ya jamás volverían a salir con vida.

—Markio, Tandro, venid conmigo —les pidió Noi.

Xala preguntó:

—¿Adónde vamos ahora?

—A tu cámara real —respondió Noi.

El ingeniero Markio, el capataz Tandro y los otros cuatro hombres win miraron asombrados a Noi. Él era quien les iba a ayudar a dar el gran golpe de rebeldía contra los opresores alien y ellos le seguirían a todas partes, aunque fuera a la muerte.

CAPITULO X

La guardia real quedó quieta en palacio ante la huida masiva de los presos que habían permanecido en cerrados en los sótanos de palacio, pero los guerreros warman iniciaron la persecución, disparando contra los fugitivos.

Algunos guerreros warman fueron abatidos. El propio Noi, desde una ventana apropiada que dominaba el gran patio de recepción, batía a los warman que trataban de matar a los win que acababan de recobrar la libertad.

La confusión era grande.

Nadie recordaba haber vivido un día como aquél, y en vísperas de las grandes ceremonias que tenían que celebrarse en el templo dedicado a los dioses alien.

La noche favorecía la confusión, y el fuego de los disparos y la desintegración de los guerreros warman cuando eran tocados y destruidos, llamaba mucho la atención.

—¡Noi, Noi! —El ingeniero Markio demandó su atención.

—¿Qué podemos hacer? ¿Cree que el pueblo va a luchar de una vez por todas contra los invasores? —preguntó Noi.

Tandro intervino en aquel momento.

—Ahora es cuando hay que hacer salir a todos los rebeldes que deseamos la libertad de nuestro pueblo, pero no podemos hacerlo desde palacio.

—Está bien. Yo os trasladaré a la ciudad y vosotros, poneos en pie de guerra contra los invasores. Cualquier warman que veáis, destruidlo. No son humanos, son máquinas de matar, robots con apariencia de hombre.

—¿Cómo los vas a llevar? —inquirió Xala—. Es imposible ahora.

—Venid conmigo —les pidió Noi.

Los llevó a la terraza de la alcoba real donde tenia escondido su autopropulsor que se sujetó a la espalda.

—Tumbaos en el suelo uno detrás de otro —les indicó—, Tú, Tandro, sujétate a mis tobillos, aferrate bien a ellos y no te sueltes porque va la vida de tus compañeros en ello.

Tandro obedeció, tumbándose en el suelo, y aferrándose a los tobillos de Noi, preguntó:

-¿Así?

—Sí, y los demás, colocaos como si constituyerais una cola de serpiente. Cada uno que coja los tobillos del anterior y usted, ingeniero, póngase el último.

—¿Qué vas a conseguir así? —preguntó Xala.

—Ya lo verás.

Cuando el ingeniero Markio quedó cogido a los tobillos de uno de los especialistas y ya no había nadie tras él, Noi puso en marcha el silencioso autopropulsor.

Se elevó llevando tras de sí una cola de seis hombres cogidos uno a otro por manos y tobillos. Xala quedó asombrada viéndolos volar por encima del lago, alejándose hacia los jardines de la metrópoli capital de la civilización win.

El autopropulsor que les hacía volar podía con todos, pero no conseguía alzarse demasiado y los pies del ingeniero Markio casi rozaban las aguas del lago, con gran temor por parte de éste. Pero, sus manos siguieron aferradas a los tobillos de uno de los especialistas y así consiguieron llegar todos a tierra firme.

La reina Xala aguardó impaciente el regreso de Noi.

Cuando le vio saltar sobre la terraza, suspiró de alivio. Noi avanzó hacia ella y la estrechó contra sí; después, la besó en los labios.

—Sé lo que esto va a significar para ti, Xala, pero tu sacrificio hará que el pueblo de win se libere de los imperialistas conquistadores que se llevan vuestro sudor, vuestra sangre y vuestras riquezas.

—Mi pueblo está indefenso contra los alien.

—No lo creas. He dejado al ingeniero Markio, a Tandro y a los demás en la ciudad. Existe una red secreta de resistencia y fabricarán armas para luchar contra los warman. Yo les ayudaré en cuanto pueda.

—Es que los alien tienen más poderes de destrucción, no sólo poseen a los guerreros warman. La historia nos cuenta que calcinaron ciudades enteras del pueblo win que se negaron a obedecerles y a adorarles ciegamente.

—Lo creo. Los alienoc han destruido planetas enteros, no conocen la piedad. Sólo consideran válidos sus intereses, su codicia, sus beneficios, y a quien no se somete, lo aniquilan; por eso, las Democracias Confederadas Interestelares se les enfrentaron y les vencieron en la batalla de las estrellas binarias. Después, por lo visto, han buscado civilizaciones poco avanzadas para estrujarlas y obtener así cuanto necesitan para rehacerse de huevo. Pero si van siendo expulsados de todas partes, si no encuentran a nuevos esclavos, jamás volverán a ser fuertes para seguir conquistando, robando y matando.

—¿Y qué debo hacer yo para conseguir la libertad de los win?

—Habla a tu pueblo, diles lo que piensas ahora de los dioses alien.

Se miraron a los ojos y ella suplicó:

—Bésame para darme fuerzas, Noi, bésame.

Aquella noche, la ciudad fue una ebullición de rebeldía. Los guardias se quedaron quietos y los guerreros warman circularon de un lado a otro.

Y por primera vez, fueron replicados masivamente.

Recibieron lluvias de objetos y aparecieron las primeras armas de fuego que dispararon contra ellos. También, por primera vez, sufrieron bajas de mucha consideración.

Todos esperaban la aparición de la reina en sus pantallas de televisión y Xala lo hizo al día siguiente. El pueblo win, desde todas las ciudades del planeta, quedó con los ojos fijos en la pantalla.

—Pueblo win, os habla Xala, la que hasta hoy ha sido vuestra reina. Quiero deciros que los alien no son dioses, son seres como nosotros con más armas y más ciencia que nos han estado esclavizando durante generaciones. Ha llegado el momento de rebelarse. El pueblo win debe elegir a sus gobernantes. Se acabó el dominio de las reinas que han ido escogiendo, educando e imponiendo los alien para que nada cambiase y no avanzáramos en nuestra civilización natural. Yo no quiero seguir siendo lo que he sido y os pido que os rebeléis. La guardia no os atacará porque son win como vosotros. Id hasta el

templo de los alien y demoledlo piedra a piedra. Gritad somos libres, somos libres…

La emisión se interrumpió bruscamente.

Xala miró a Noi, perpleja y éste gruñó:

—Deben haber cortado todos los distintos sistemas de comunicación. Ha llegado el momento de la lucha.

—¿Crees que el pueblo win va a desaparecer?

—El pueblo que lucha hasta el final no desaparece.

Desde palacio vieron avanzar la riada humana hacia el templo.

Los guerreros warman habían sido barridos y las guardias se habían rebelado contra los traidores arribistas que les habían mandado hasta entonces.

Markio y Tandro iban a la cabeza de la multitud que ansiaba destruir el templo de los falsos dioses cuando en el cielo, desmidiendo en vertical, apareció un gran disco luminoso que comenzó a vomitar fuego contra la multitud.

—¡Ahí están! exclamó Xala—. ¡Van a calcinar a nuestro pueblo!

Noi, con el autopropulsor a la espalda, salió volando como un insecto, describiendo espirales y evitando los disparos que pretendían alcanzarle.

La multitud, pese a todo, seguía avanzando hasta el templo para demolerlo.

Noi logró llegar a la cosmonave que había descendido hasta los mil metros, situándose de forma tal que podía matar sin miedo al pueblo win.

El extranjero del espacio subió sobre la cosmonave. Caminó por encima de ella buscando la escotilla y cuando la encontró, apuntó con el fusil politronic. La hizo saltar, lo que significaba que la cosmonave ya no podría remontar el vuelo al cosmos.

Se internó en la cosmonave disparando contra los alienoc que salían a su paso hasta que llegó a la cámara de control de mando donde estaban los generales que había visto en la pantalla.

—¡Ya está aquí el miliciano democrático que terminó con vuestra cosmonave insignia en la batalla de las estrellas binarias! ¡Morid!

—¡No! —gritaron los alienoc.

Noi disparó contra ellos y contra las instalaciones que comenzaron a arder. La cosmonave se balanceó, herida de muerte. En medio del fuego y nubes de denso humo, Noi corrió en busca de una salida, pero la cosmonave, que era muy grande, parecía un auténtico laberinto.

Optó por agujerear las paredes y saltar al aire a través del orificio practicado en ellas. Mientras se alejaba volando gracias al autopropulsor, pudo ver como la cosmonave caía sobre el templo produciendo una gran explosión e incendiándose después.

Xala vio a Noi volar hacia ella. Aquél era el fin de los falsos dioses alien.

—Noi, Noi, ¿qué harás ahora? —le preguntó ansiosa.

—Estar contigo mientras tu pueblo se reorganiza y esperaré a que los míos me rescaten de aquí cuando reciban el SOS espacial que voy a lanzar.

—¿Y qué haré yo luego?

—Venirte conmigo si lo deseas —le dijo Noi mientras el pueblo win rugía de alegría tras presenciar la caída de los falsos dioses alien.

FIN